

EL
SIGLO
MARAVILLOSO

EN EL FILO SECULAR DE LA GRAN GUERRA
MEMORIAS SOBRE LA ÚLTIMA CENTURIA

Eduardo Wolovelsky
Ilustraciones Sergio Langer



Libros del Rojas
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Wolovelsky, Eduardo
El siglo maravilloso: en el filo secular de la gran guerra .
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Libros del Rojas, 2015. E-Book. - (Ensayos)
ISBN 978-987-1862-17-7
1. Historia Universal.
CDD 909

Fecha de catalogación: 23/04/2015



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
CENTRO CULTURAL RECTOR RICARDO ROJAS

Rector: Dr. Alberto Edgardo Barbieri
Secretario de Relaciones Institucionales, Cultura y Comunicación: Lic. Jorge Biglieri
Coordinadora General de Cultura de la UBA: Lic. Cecilia Vázquez

Realización

DISEÑO Y PUBLICACIONES CENTRO CULTURAL RECTOR RICARDO ROJAS

© Libros del Rojas
© Eduardo Wolovelsky
© Ilustraciones Sergio Langer

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros medios sin el permiso previo del editor.



EL
SIGLO
MARAVILLOSO

Contra las trincheras, contra los que obligan a cavarlas, contra quienes hunden allí la frágil pero vital esperanza juvenil. Contra aquellos que no nos permitirán siquiera heredar el evanescente viento.

E.W.

EL SIGLO MARVILLOSO
En el filo secular de la Gran Guerra.
Memorias sobre la última centuria.

Escrito	6
Prólogo	8
Umbrales	13
Con razón y sin ella	14
Wallace	15
Tensiones	17
1913	26
La Gran Guerra	30
Trincheras	31
Sin novedad en el frente ...	33
Símbolos	37
De Gallipoli a Malvinas	37
Navidad	40
Shackleton	43
Máscaras	50
Síntesis	51
Guerra: los comienzos	54
Guerra: el pacto	57
Guerra: el gas	61
T4	67
Fritz Haber	71
Renuncia	75

ESCRITO 1

¿Por qué escribir?

Porque hay un hombre en la tierra de nadie tumbado sobre una mina. Su espalda comprime la espoleta, mientras su pensamiento se pierde en el infinito del cielo. Nadie, ni el más diestro experto, han sabido cómo desactivar el explosivo. Mira hacia el final de los tiempos dominado por la certeza de que el más imperceptible movimiento de su cuerpo lo hará estallar. Está solo porque lo han abandonado frente a lo que suponen es la imposibilidad de salvarlo.

Pero el hombre solitario sobre la mina merece la palabra, el pensamiento, la reflexión, el conmovedor compromiso del acto que lo redime a él y a nosotros. ¿Es posible liberarlo a sabiendas de que habrá de estallar?

El hombre que está sobre la espoleta quiere dar su palabra, pero todos se han marchado, a quién hablarle, tal vez a quienes están lejos. Se ha quedado con un viejo lápiz y su libreta de batalla, escribe en la incomodidad de una prisión abierta en la que mueve los brazos con extremo cuidado, evitando el más mínimo temblor de su cuerpo. Traza las letras para quienes lo conocen y también para los que ni siquiera saben de su existencia. Escribe para pensar y para que esos hombres y mujeres lejanos también lo deseen, como bella forma de comprender que cada uno es el otro sin poder serlo jamás.

¹ Inspirado en la película *Tierra de nadie* de Danis Tanovic, 2001

Vuelvo a mirar el cielo mientras siento la espoleta clavada sobre mi espalda, no me muevo, ¿acaso soy el único o nos han puesto a todos sobre un detonador?

Tal vez lo que el experto en minas no pudo, lo pueda la palabra.

A Gabriela Rumacho, Javier Trimbolí, Fernando Schneider, Silvia Rubinetti, Virginia Parodi.

A Cecilia Vázquez, Mariana Ron, Natalia Calzon Flores, Matías Puzio.

A Sergio Langer por acompañarme durante toda una vida.

A Ailín Rioja y a mis hijos Daniel y David por sellar las trincheras para que la vida prospere.

Eduardo Wolovelsky

EL NUEVO SIGLO DEBE SER MARAVILLOSO

La trayectoria de Eduardo Wolovelsky en su esfuerzo sostenido de casi treinta años por darle a la ciencia una dimensión pública y social es emblemática. Alejado de las corrientes que incorporan la difusión científica al formato espectacular de una nueva mercancía atractiva, en el que la ciencia suele ser banalizada y sacrificada en el altar del entretenimiento, Wolovelsky intenta volver a la ciencia. O mejor, intenta recrear la ciencia desde lo más noble de su interior: un pensar y una práctica de todos y para todos, alejada de desarrollos interesados al servicio oportunista de algunos. Ese proyecto supone revisar con rigor, y también osadía, sus condiciones materiales e históricas de producción, sus conquistas excepcionales, pero también sus pretensiones mesiánicas y sus miserias.

Reflexionar sobre la ciencia no es algo que compete sólo a algunos expertos en unos campos ínfimos de especialización, o a algunos poderosos que deciden su destino. Es una tarea colectiva que nos involucra en tanto seres pensantes y que implica decisiones cruciales sobre el destino de nuestra vida colectiva. Este convencimiento guía *El siglo maravilloso* y lo despliega de una manera contundente y militante. En la senda de los dos últimos trabajos de Wolovelsky, *El siglo ausente* y el excepcional *Iluminación*, el libro muestra cómo las ideas son el fruto de desafíos, luchas, tensiones. La ciencia es el resultado de algunas síntesis de esos complejos entramados en los que la pasión por conocer abrió el camino de lo nuevo. Pero lo que preocupa obsesivamente a Wolovelsky es con qué facilidad todo ese esplendor creativo se pone al servicio de la muerte. Por qué la responsabilidad social y política de los científicos sobre sus investigaciones y sus resultados es diluida inexorablemente en el poder de quienes los financian.

Bertolt Brecht había reescrito su obra teatral *La vida de Galilei* profundamente impresionado por las bombas atómicas lanzadas sobre la población civil de Hiroshima y Nagasaki. Ese bombardeo definió la nueva redacción de su *Galileo*. La Segunda Guerra Mundial concluía con un horror sin precedentes. Pero lo que preocupaba a Brecht no era sólo el escenario atroz de una masacre que coronaba seis años de otras masacres, sino que quienes habían permitido lograr lo que parecía imposible eran, en primer lugar, los científicos. La ciencia, con sus mentes más lúcidas, se había puesto al servicio de los poderes de turno y la guerra. En los dos bandos. Y actuaban por causas “justas”, como siempre se dicen las causas que justifican las masacres. Pero habría que dar un paso atrás, si queremos encontrar una clave histórica para un mundo científico y tecnológicamente guerrero. La Segunda Guerra Mundial fue la continuación atroz de otra atrocidad mundial, que se instaló en el recuerdo colectivo mezclando imágenes de trincheras, alambrados de púas y extraños soldados enmascarados. Ciencia menos desarrollada, tecnologías más modestas, pero la misma consecuencia devastadora. La Primera Guerra Mundial, la “Gran Guerra”, sería la última, se había pensado en aquel entonces. La centuria había comenzado con una irrupción excepcional, que inauguró un período inigualable, en todo sentido.

El siglo maravilloso comienza, simbólicamente, en 1913, con el sueño de Alfred Russel Wallace de un “siglo maravilloso” de progreso de la humanidad de la mano de una ciencia iluminadora del futuro bienestar. Pero pasó muy poco tiempo entre aquel año de su muerte y el estallido de la Primera Guerra Mundial, y su augurio benefactor quedó atrapado entre los

escombros del campo de batalla de una carnicería sin precedentes. El libro avanza por escenas, casi cinematográficamente. Las impactantes ilustraciones de Sergio Langer entrecruzan otra línea de despliegue narrativo del libro, cruda y sin concesiones, siempre en el borde del humor trágico. Todo se encuadra en dos actos, con títulos brutalmente expresivos de la Gran Guerra, “Trincheras” y “Máscaras”. Se suceden los relatos en un crescendo cuyo hilo conductor es la reflexión constante sobre el logro tecnológico, su utilización criminal, el sentido de la ciencia, su legitimación, la barbarie estratégica e ignorante de los gobernantes y la endeble responsabilidad de los científicos. La narración concluye con el retrato de un recurso tecnocientífico paradigmático, que vincula cruelmente las dos guerras –el uso del gas para el exterminio masivo de seres humanos–, y que sirve de parábola final para dar la medida de todo el libro.

El siglo maravilloso es una obra sensible que apuesta al pensamiento: al pensar de la escritura y de las imágenes. Se sostiene en una convicción profunda: podemos y por lo tanto debemos construir un mundo mejor. Y la ciencia tiene un lugar central en esa construcción. Pero para ello debemos liberarla de su enclaustramiento. Este encierro no se debe a su dificultad conceptual o su complejidad teórica, sino a la impunidad y a la apropiación interesada de sus logros; al poco compromiso que tienen los científicos con la construcción de su destino político. El libro sensibiliza sobre estas cuestiones y llega a una conclusión ineludible: el destino de la tecnociencia va a ser el destino de todos y por lo tanto nos compete a todos intervenir en la construcción de su destino.

En unos de esos extraños recorridos de la vida, este libro recupera la complicidad de dos viejos compañeros de banco de la escuela secundaria. Wolovelsky y Langer a los 16 años ya tramaban mundos, cada cual a su manera. Con sus pasiones y sus sueños. Y se transformaron uno en un científico, pero que transita sagazmente los suburbios de la ciencia: la divulgación y la historia de la ciencia; y el otro en un artista, pero que se mueve mordazmente en los suburbios del arte: las ilustraciones y las historietas. Esta voluntad suburbana de ambos es su mayor virtud, porque les permite ver lo que otros no se atreven a ver y expresar lo que sienten, y lo que otros no se animan a decir. Uno provocando con su escritura punzante y el otro con su estética irreverente. *El siglo maravilloso* muestra que la fusión de estos caminos personales dio lugar a un resultado maravilloso.

Alejandro Cerletti

EL
SIGLO
MARAVILLOSO

UMBRALES



CON RAZÓN O SIN ELLA





El 18 de junio de 1858, Darwin le escribió a su amigo Charles Lyell para comentarle su preocupación por la comunicación que Alfred Russel Wallace le enviara desde las lejanas islas del archipiélago Malayo. Con cierto asombro le expresaba allí que “nunca había visto una coincidencia más sorprendente”. La misiva de Wallace incluía un trabajo titulado “Sobre la tendencia de las variedades a apartarse indefinidamente del tipo original” en el cual Darwin vio reflejadas sus propias ideas sobre el principio de la selección natural como mecanismo para explicar el cambio y la adaptación de las formas vivas, cuestión sobre la que él mismo venía trabajando desde que se instalará en Down House, hacía ya unos veinte años. Por sugerencia del propio Lyell y de Joseph Hooker, el 1 de julio de 1858 se leyeron, en la Sociedad Linneana de Londres, el trabajo de Wallace y un escrito de Darwin de 1844 en los cuales se describía el principio de la selección natural. De esta forma quedaba resguardado el derecho de autoría para ambos naturalistas en un suceso poco frecuente en la historia de la ciencia moderna. Poco después, Darwin acorraló todas sus dudas y sus resquemores para finalizar su gran libro *El origen de las especies*.

Wallace

Alfred Russel Wallace fue un autodidacta, un hombre que creó su mundo intelectual bajo la exigencia de un estudio sin escuela y sin maestros. Convirtió la pasión en conocimiento y forjó, bajo la guía de su propia mano, un mundo intelectual profundo; hecho virtuoso que hoy se ha trastocado, bajo el yugo de la calidad definida por la burocracia y el academicismo, en innoble falta.

UMBRALES



Motivado por lecturas de autores como Robert Chambers, Charles Lyell, William Edwards y el propio Darwin, planificó junto a Henry Bates una expedición hacia la incomparable diversidad biológica de la Amazonia. Aquél fue un viaje extraordinario, un acto épico cuestionador de aquellos relatos que, con la finalidad de ser éxitos comerciales, nos condenan a un paupérrimo final acorde a las expectativas de gloria y triunfo que se supone deben recompensar el esfuerzo y el compromiso. Durante años, en un principio acompañado por Bates y luego por su hermano William, recorrió la cuenca del río Amazonas recolectando, observando y describiendo con docta cualidad especímenes de distintas formas biológicas. Pero su hermano moriría en Brasil de fiebre amarilla y las muestras de invertebrados, de aves y mamíferos que recolectara, muchas de sus notas y dibujos se perderían cuando el bergantín *Helen*, en el que regresaba a Inglaterra y tras tres semanas de navegación, se incendió en altamar. Luego de navegar en bote a lo largo de unos ochocientos kilómetros, los sobrevivientes fueron rescatados por el buque *Jordeson*. Lo sucedido no solo volvió inútil su esfuerzo: representaba, además, una significativa complicación económica dado que Wallace tenía la intención de vender esos especímenes a distintos coleccionistas y naturalistas. Era el año 1852 y Darwin acababa de publicar su primer volumen sobre los cirripedios, un particular grupo de crustáceos.

Dos años más tarde, Alfred Russel Wallace se embarcó rumbo al archipiélago Malayo. Era considerado un coleccionista profesional, no un hombre capaz de realizar aportes teóricos significativos con relación al conocimiento del mundo natural y, sin embargo, estando en el exótico universo del Lejano Oriente, produjo un trabajo que, aunque desestimado por el propio Darwin, llamó la atención del curador del museo de Calcuta Edward Blyth y de Charles Lyell.



En ese trabajo, referido a la distribución geográfica de diferentes especies y conocido como *El manuscrito Sarawak*, ya latían los fundamentos de su escrito posterior, aquel que enviase desde la isla TERNATE, en las Molucas, y que tanta zozobra produjese en un nervioso Darwin.

Poco importa aquí la batalla por las prioridades y la gloria porque son otras las razones que nos deben convocar y porque sus protagonistas supieron resolverla. De hecho, Alfred Russel Wallace publicó, en 1889, *Darwinismo* una obra en la cual asoció la idea de evolución por selección natural al nombre de Darwin. Más significativo es entender las diferentes perspectivas que ambos naturalistas sostuvieron con respecto a las formas de legitimación del conocimiento y con relación al origen del hombre.

Tensiones

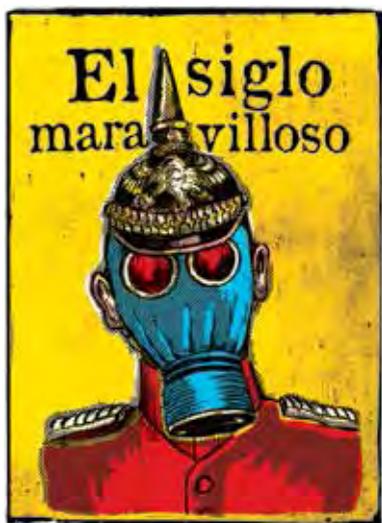
Charles Darwin, coherente con los compromisos epistemológicos que asumió para el desarrollo de su libro *El origen de las especies*, ubicó al ser humano moderno en la misma lógica histórica que definió para el resto de las formas vivas. Este fue uno de sus grandes logros teóricos, de hecho fue un acto revolucionario portador de un sentido liberador con respecto a ciertas interpretaciones que, afirmadas sobre una dura roca ontológica, se proponían imponer la universalidad de una visión trascendente de la vida humana. Sin embargo, y al mismo tiempo, portaba en su estructura y en sus principios teóricos un modelo inspirador para algunas de las más dramáticas representaciones sobre la condición humana, formas que, en el siglo XX, se cristalizaron en tragedia política.

En los textos de Darwin late una dolorosa tensión, un desgarró que se instala entre la advertencia sincera que se lee en su diario de viaje —“si la miseria de nuestros pobres no tiene su origen en las leyes de la naturaleza sino en nuestras propias instituciones, cuan grande es nuestro pecado”— y las palabras finales en su libro *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* cuando expresa con indubitable certeza, solo ligeramente quebrada en el último párrafo, que:

El mejoramiento del bienestar de la humanidad es un problema de los más intrincados. Todos los que no puedan evitar una abyecta pobreza a sus hijos deberían abstenerse del matrimonio; pues la pobreza no es tan solo un gran mal, sino que tiende a aumentarse conduciendo a la indiferencia en el matrimonio. Por otra parte, como ha observado Galton, si las personas prudentes evitan el matrimonio, mientras que las negligentes se casan, los individuos inferiores de la sociedad tienden a suplantar a los individuos superiores. El hombre, como cualquier otro animal, ha llegado, sin duda alguna, a su condición elevada actual mediante la lucha por la existencia, consiguiente a su rápida multiplicación; y si ha de avanzar aún más, puede temerse que deberá estar sujeto a una lucha rigurosa. De otra manera caería en la indolencia, y los mejor dotados no alcanzarían mayores triunfos en la lucha por la existencia que los más desprovistos. De aquí que nuestra proporción o incremento, aunque nos conduce a muchos y positivos males, no debe disminuirse en alto grado por ninguna clase de medios. Debería haber una amplia competencia para todos los hombres, y los más capaces no deberían hallar trabas en las leyes ni en las costumbres para alcanzar mayor éxito y criar el mayor número de descendientes. A pesar de lo importante que ha sido y aún es la lucha por la existencia, hay, sin embargo, en cuanto se refiere a la parte más elevada de la naturaleza humana otros agentes aun más importantes.

Así, pues, las facultades morales se perfeccionan mucho más, bien directa o indirectamente, mediante los efectos del hábito, de las facultades razonadoras, la instrucción, la religión, etc., que mediante la selección natural; por más que puedan atribuirse con seguridad a este último agente los instintos sociales que suministran las bases para el desarrollo del sentido moral.²

² Charles Darwin, *El origen del hombre y la selección en relación al sexo* (1871), Madrid, EDAF, 1972, pp. 515-516.



³ Alfred Russel Wallace, *Darwinism. An exposition of natural selection with some of its applications*, Londres, Macmillan and Co, 1889, p.461.

Alfred Russel Wallace, asumiendo una particular forma de dualismo, negó, para el origen de las cualidades intelectuales humanas, la posibilidad de una explicación de carácter naturalista. Se volcó hacia el espiritismo abandonando el territorio del racionalismo y admitiendo un inevitable exilio con respecto al mundo académico y científico. Sin embargo, es legítimo considerar las bases primeras del razonamiento con el que intentó escapar de la trampa que la selección natural parecía imponerle a su ideario político de igualdad entre los pueblos. En *Darwinismo* escribe:

De la discusión anterior se verá que acepto plenamente la conclusión del señor Darwin acerca de la identidad esencial de la estructura corporal del hombre con la de los mamíferos superiores, y su descendencia de alguna forma ancestral común al hombre y a los monos antropoides. La evidencia de tal descendencia me parece es abrumadora y concluyente. Una vez más, en cuanto a la causa y forma de tal descendencia y modificación, se puede admitir, en todo caso, con carácter provisional, que las leyes de la variación y la selección natural, actuando a través de la lucha por la existencia y la necesidad continua de la adaptación más perfecta a los ambientes físico y biológico pueden haber provocado, en primer lugar la perfección de la estructura corporal de la que está por encima de todos los demás animales y, en coordinación con ella el cerebro más grande y más desarrollado por medio del cual él ha sido capaz de utilizar esa estructura en el mayor y más completo sometimiento de todo el reino animal y vegetal a su servicio.

Pero esto es solo el comienzo de la obra de Darwin, ya que pasa a discutir la naturaleza moral y las facultades mentales del hombre, y a estos también los deriva de la modificación gradual y el desarrollo de los animales inferiores. Aunque, tal vez, en ninguna parte claramente formulado, toda su argumentación tiende a la conclusión de que la totalidad de la naturaleza del hombre y de cada una de sus facultades, ya sea moral, intelectual o espiritual, se han derivado de sus rudimentos, en los animales inferiores, de la misma manera y por la acción de las mismas leyes generales, tal como su estructura física se ha derivado. Como me parece que esta conclusión no se acompaña de pruebas adecuadas, y que se opone directamente a muchos hechos bien comprobados, propongo dedicar un breve espacio para el debate.³



UMBRALES

Wallace jugó su perspectiva optimista sobre el futuro de la humanidad aceptando que las “razas inferiores”, calificadas de esta forma en función de su desarrollo técnico, matemático o moral, asumiendo como parámetro comparativo la cosmovisión victoriana del progreso, no estaban condenadas a tal situación por su biología y por lo tanto tendrían la posibilidad de ubicarse en el mismo extremo de la línea de progreso que habrían alcanzado muchas de las naciones europeas. Su argumentación se desliza por la pendiente de lo irracional pero inhabilita el pedregoso y viscoso camino que asumirán muchos darwinistas y neodarwinistas cuando bajo la perspectiva seleccionista que explica el origen y el desarrollo de las cualidades psíquicas humanas consolidaron un concepto, el de eugenesia, contra el cual colisionarían millones de vidas. Posiciones que demuestran el ideal de la ciencia martillo, éticamente neutra, pero que también lo hacen con respecto a la perspectiva que supone una maldad calculada en el desarrollo y los logros del saber empírico-racional porque, aunque esto haya ocurrido, lo conflictivo es que los hechos y las teorías como las del campo eugenésico también acontecen amparados por las más nobles intenciones cuando la crítica está erosionada bajo el yugo de una fe excesiva en la actividad científica como directriz infalible para el acto político. Las acciones de mejoramiento genético de la especie humana llevadas a cabo en la primera mitad del siglo XX encontraron su fundamento en el conocimiento biológico decimonónico. Algunos científicos y naturalistas promovieron de forma deliberada en sus escritos esas políticas, en tanto que otros, probablemente, no imaginaron con claridad lo que sus palabras contenían, incluso podríamos especular que, de haber vivido, algunos hubiesen condenado esos actos. Darwin corporiza metafóricamente esta última especulación porque, más allá de que lo hubiese querido o no, en algunos de sus textos late un ideal eugenésico que,

sin embargo, no logra dominar totalmente el paisaje de su pensamiento dado que este ideal está obligado a convivir con su activismo antiesclavista y su esperanza en el “pecado” cultural; lo que a su vez revela un compromiso personal que es ajeno y refractario al espíritu autoritario asociado al duro determinismo genético. Wallace se decidió en contrario y pudo evitar la trampa del eugenismo pero apostando por una perspectiva no racional con respecto a la génesis de lo humano y en relación con la práctica de la vacunación. Su desafío lo condujo, por justas razones sociales y a través de un equivocado manejo de los datos, a oponerse a la práctica de inmunización por gérmenes modificados, en particular a la inoculación antivariólica. Erra en los argumentos de carácter epidemiológico, lo cual puede deberse a la razón primera que justifica su posición y que no es empírica, ni estrictamente biológica, sino que es de carácter ideológico. El capítulo “Vacunación, un engaño, su ejecución penal un crimen” de su libro *El siglo maravilloso* está encabezado por el epígrafe de Francis William Newman que dice: “Contra el cuerpo de un hombre sano, el Parlamento no tiene ningún derecho de avasallamiento por lo que sea, ni con el pretexto de la salud pública, ni contra cuerpo alguno de un bebé sano”, en tanto que el cierre queda definido por la siguiente reflexión:

Las sucesivas actas de vacunación fueron aprobadas por medio de alegatos que eran totalmente falsos y en promesas que fueron incumplidas. Se erigen solitarias en la legislación moderna como una burda interferencia contra la libertad individual y la inviolabilidad del cuerpo mientras que, como un intento por engañar a la naturaleza ultrajada y para evitar una enfermedad infecciosa sin la eliminación de las condiciones que le permiten propagarse, la práctica de la vacunación se opone a toda la enseñanza sanitaria de la ciencia y es una de esas terribles equivocaciones que conllevan trascendentales consecuencias sobre el mal, que es peor que el mayor de los crímenes.⁴

⁴ Alfred Russel Wallace, *The wonderful century, its successes and its failures*, Toronto, George N. Morang, 1898, p.315.



La vacunación se ha consolidado como uno de los más notables logros de la medicina contemporánea. Dos ejemplos, por su contundencia, bastarán para entender el significado de este hecho: lo sucedido con la viruela y el control de la poliomielitis tras la adopción de las vacunas de Jonas Salk y más tarde la desarrollada por Albert Sabin. Es poco probable, por concederle un lugar a la imprescindible duda, que el temor a padecer estas dolencias hubiese desaparecido solo con modificar las condiciones sociales tal como afirma Wallace, aunque esas mismas condiciones sean las causas del padecimiento por parte de millones de personas de enfermedades parasitarias e infecciosas cuya incidencia, morbilidad y mortalidad, de mediar otra situación social, serían mucho menores, tanto como el sufrimiento particular que provocan. Sin embargo, la argumentación de Wallace —riesgosa en su desacierto para decidir la actuación eficaz contra la viruela— no debe ser subestimada ni desconsiderada por parecer o torpe o insensata tal como no debe ocurrir con su preocupación por dar, bajo nobles razones, una explicación sobrenatural a los comienzos intelectuales del hombre. La sentencia que pronunciara el juez Oliver Wendell Holmes Jr. como dictamen de la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos en el año 1927 en el caso Buck contra Bell, así lo demuestra. En uno de los párrafos más significativos de aquel fallo se lee:

La sentencia mantiene los hechos que han sido narrados y que Carrie Buck “es probablemente madre potencial de descendientes inadecuados socialmente igualmente aquejados, que ella puede ser esterilizada sexualmente sin deterioro de su salud general y que su bienestar y el de la sociedad serán favorecidos por su esterilización”, y por lo tanto cursa la orden. En vista de las declaraciones generales de la Legislatura y de los específicos resultados de la investigación del Tribunal, no podemos obviamente decir como cuestión de derecho que no existen fundamentos, y que si existen justifican el resultado. Hemos visto más de una vez que el bienestar público puede reclamar a sus mejores ciuda-

⁵ Buck vs. Bell Supreme Court Decision, <<http://www.eugenicsarchive.org/html/eugenics/static/images/260.html>> [consultado 12 de mayo de 2014].

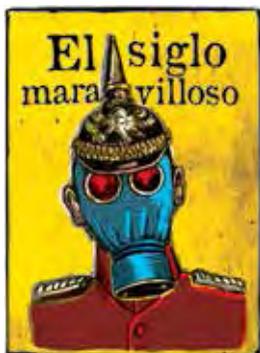
UMBRALES

danos pidiéndole sus vidas. Será extraño si no pudiera llamar a aquellos que minan la fuerza del Estado para estos menores sacrificios a menudo no sentidos como tales, por los involucrados, para así evitar ser agobiados por la incompetencia. Es mejor para todo el mundo que en vez de injusticiar por sus crímenes a los descendientes degenerados, o dejarles morir de hambre por su imbecilidad, la sociedad pueda evitar que quienes son manifiestamente incapaces, prolonguen su clase. El principio que sustenta la vacunación obligatoria es tan amplio que puede cubrir el corte de las trompas de Falopio. *Jacobson v. Massachusetts*, (197 U.S. 11, 25 S. Ct. 358, 3 Ann. Cas. 765.). Tres generaciones de imbéciles son suficientes.⁵

Juzgada como hija ilegítima, y con el encierro de su madre en la colonia del Estado de Virginia para epilépticos y débiles mentales, Carrie Buck fue dada a la familia Dobbs para su crianza. Abandonó tempranamente la escuela dedicándose a las tareas hogareñas en la casa de sus “padres” adoptivos. Embarazada a los diecisiete años, bajo el argumento de la promiscuidad y la debilidad mental, su “familia” decidió internarla en la misma colonia en la que fuese recluida su madre. Tras el nacimiento de su hija Vivian, entregada a los Dobbs para su cuidado, Carrie fue esterilizada bajo la ley eugenésica aprobada el 20 de marzo de 1924 en el estado de Virginia. Su caso debía ser el testigo que le diera legitimidad constitucional a los tratamientos, vasectomías o ligamientos de trompas, que se habrían de realizar con la finalidad de evitar la reproducción de quienes fuesen juzgados débiles mentales o promiscuos. Es en este marco que se produce el dictamen de la Corte Suprema de Justicia de los Estados Unidos que incluye a “tres generaciones de imbéciles” dado que Vivian Buck fue juzgada deficiente mental a los seis meses de edad.

La Corte Suprema encontró en el principio de vacunación la coartada para justificar un crimen particular en nombre del bien común. En los argumentos de Wallace, confusos e

UMBRALES



inexactos y asumidos por fuera de los compromisos más elementales a los que un hombre de ciencia de su época estaba obligado, se percibe en forma difusa y oculta, como el saber de los sueños, una advertencia contra el riesgo de fusión del principio de vacunación y las perspectivas eugenésicas que emergían de los principios seleccionistas para explicar el origen de la mente humana. Su reflexión contra la apropiación por parte del Estado del cuerpo individual del hombre prefiguraba la tragedia que podía ocurrir.

La obra de Darwin fue piedra basal para la construcción de un significativo conocimiento sobre lo viviente pero al mismo tiempo hizo posible la expresión de ideales eugenésicos tal como se manifiesta en su libro sobre el origen del hombre y en los trabajos de Francis Galton. Al contraponer las ideas derivadas de la perspectiva darwiniana con las consideraciones hechas por Wallace, irracionales algunas y confusas otras pero promotoras de la posibilidad de la igualdad y del derecho sobre el propio cuerpo, nos vemos obligados, dado el sentido social de salvadora fatalidad que la ciencia parece poseer, a preguntar por el valor de esta forma de conocimiento para erigirse como guía de la acción cuando su decir porta dolorosos significados éticos que no pueden eludirse bajo el escudo protector de la llamada falacia naturalista, según la cual el comportamiento ético no es deducible del conocimiento y las teorías formuladas sobre los fenómenos de la naturaleza. Pero también podemos preguntarnos por la legitimidad de negar datos, de desconocer perspectivas teóricas o de resistirse a aquello que consideramos verdadero con la intención de poder concederle a los tiempos por venir la imagen de un momento esperanzador.

Carrie Buck fue llevada a la colonia de epilépticos y débiles mentales para ocultar la violación a la que fue sometida por el sobrino de sus padres adoptivos. Vivian fue la conse-

6 Stephen Jay Gould, *La sonrisa del flamenco. Reflexiones sobre historia natural*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 269.

cuencia de aquel crimen. Se la calificó como deficiente a partir del dictamen de una asistente social de la cruz Roja que declaró:

Es difícil juzgar las posibilidades de una criatura tan joven, pero no me parece que sea un bebé totalmente normal. En su apariencia (debo decir que tal vez mi conocimiento de la madre pueda inducirme a prejuicios en este aspecto), pero vi a la criatura el mismo día en que vi al bebé de la hija de Ms. Dobbs, que solo es tres días mayor que esta, y existe una clara diferencia en el desarrollo de ambos bebés. De esto hace un par de semanas. Hay algo en la criatura que no es del todo normal, pero no sabría decir exactamente qué.⁶

Vivian murió a los ocho años de enterocolitis, “un diagnóstico ambiguo que probablemente indique que fue víctima de una de las enfermedades infantiles subsanables producidas por la pobreza”, según destaca Stephen Jay Gould. No pudo concluir la escuela en la cual aprendió como tantos otros niños. La frase de Paul Lombardo, jurista y profesor de la Universidad estatal de Georgia, en la que se afirma que “no había ningún imbécil, ni uno solo, en las tres generaciones de Buck” porta el valor del acto reivindicatorio que otorga algo de justicia desde el ejercicio de la memoria pero conlleva el riesgo de suponer que de haber sido distinta la cuestión, los actos realizados pudieran estar justificados. Tal vez, lo sucedido con Vivian y Carrie Buck y con millones de anónimas personas que sufrieron el yugo eugenésico bajo regímenes totalitarios o bajo democracias pueda ser resumido en las religiosas palabras de Darwin “cuán grande es nuestro pecado”.

En 1980 y como consecuencia de las campañas de vacunación iniciadas décadas antes, la Organización Mundial de la Salud certificó la erradicación de la viruela.

1913



7 Programa de experimentación biomédica para la guerra química y biológica desarrollado por Japón durante su ocupación de China en el período de la Segunda Guerra Mundial.

8 Alfred Russel Wallace, *The wonderful century, its successes and its failures*, Toronto, George N. Morang, 1898, p. vii.

Raída por el paso del tiempo y gastada en sus extremos, aún mantiene el vigor de su inspiradora rusticidad solo quebrada por el dorado reflejo de las letras que definen su título y delinear un nombre. En su humildad se esconden unas cuatrocientas páginas que proyectan sus ideas sobre la génesis de la humanidad y su concepto sobre la vacunación, y formula una incumplida visión, un sueño sobre el futuro que inevitablemente la historia supo convertir en pesadilla.

Tras la portada, la tensión del papel se disuelve en una menguada tonalidad que trastoca el sentido de las palabras porque su significado original se descompone, tropieza con los muertos por el gas en la batalla de Ypres, se da contra los alambrados de Auschwitz y Majdanek y también contra los muros de Kolyma, se desintegra en los actos de la unidad 731⁷ y se disgrega en los totalitarismos y en la falsa quimera de una libertad que se ha convertido en impiadosa negación del otro. El prefacio define la ilusión:

El presente trabajo no es bajo ningún aspecto una historia, ni siquiera considerada desde una escala limitada. Tal vez puede ser llamado una apreciación del siglo, de lo que ha hecho, y de lo que está pendiente. El intento ha sido dar cortos bosquejos y descripciones de los grandes logros materiales e intelectuales que distinguen al siglo XIX de cada una de las épocas que lo precedieron, y para mostrar cuán fundamental es el cambio que ha efectuado en nuestra vida y en la civilización.

Una estimación comparativa de la cantidad y la importancia de estos logros nos lleva a la conclusión de que no solo nuestro siglo fue superior a cualquier otro que lo antecedió sino que, además, puede ser comparado con el conjunto de todo el período histórico anterior. Es, por lo tanto, posible declarar el inicio de una nueva era en el progreso humano.⁸

Pero la esperanza de Wallace no está construida sobre la necesidad de la voluntaria ceguera respecto de los males de su tiempo y por ello advierte sobre las injusticias sociales que el progreso científico y tecnológico, sobre el que tiene una fe incuestionable, no solo no ha saldado sino que, de forma paradójica, pudo haber profundizado:

Junto con estos éxitos maravillosos, y tal vez como consecuencia de ellos, se han producido errores igualmente sorprendentes, algunos de carácter intelectual, pero para la mayor parte en el orden moral y social. Una apreciación imparcial de siglo no puede omitir esta cuestión y debe hacer una referencia a ellos, por lo cual no es improbable que, el historiador del futuro, considere a esto su característica más llamativa. Por consiguiente, he dado a ello la importancia que merece.[...]º

De mayor importancia aún, aunque no es un hecho propio de este siglo, es el eterno problema de la riqueza y la pobreza. Al abordar esta cuestión he aportado un conjunto de pruebas que demuestran que, acompañando a nuestro enorme aumento de la riqueza, ha habido un correspondiente aumento de la pobreza, de la locura, el suicidio, y probablemente incluso de la delincuencia, junto con otros indicios de deterioro moral y físico. Con la mayor sinceridad me he remitido a los hechos para llamar la atención de todos aquellos que se interesan por el progreso de la verdadera civilización y el bienestar de la humanidad.¹⁰

º Alfred Russel Wallace, *The wonderful century, its successes and its failures*, Toronto, George N. Morang, p. vii.

¹⁰ *Ibíd.*, pp. viii-ix.

Luego de una lúcida y profunda crítica al militarismo decimonónico, cuya última gran manifestación había sido la Guerra Franco Prusiana de 1870 y en un nuevo giro que pretende ser esperanzador, concluye su libro *El siglo maravilloso* con un entusiasmo sobre el hecho tecnológico y científico que podríamos calificar de ingenuo pero que sin embargo hoy, y desde un ciego acto de fe negador de la historia, muchos defienden como acontecimiento salvífico. Las palabras que cierran la obra nos obligan a una angustiosa reflexión porque

fueron escritas por un hombre comprometido con su tiempo —un lúcido y a la vez confuso pensador—, uno de los más grandes naturalistas de su época, y porque fueron expresadas desde la más genuina esperanza de que el siglo XX cosecharía la potencia de los logros científicos y técnicos para la constitución de un mundo más justo, igualitario y que no estuviese dominado por el militarismo de las naciones. Reconstruyamos, pues, las palabras finales de Wallace e intentemos entenderlas desde la historia sucedida tras su escritura:

Están educando a las personas para entender la verdadera razón de los males sociales que ahora dañan a todas las clases por igual, y para hacer que muchos de los avances científicos sean bendiciones en lugar de maldiciones. Una igual tasa del progreso educativo sostenido durante otro cuarto de siglo les dará a la vez el poder y el conocimiento necesario para iniciar las reformas necesarias. La marea fluye, está con nosotros. Tenemos grandes poetas, grandes escritores, grandes pensadores para animar y guiarnos y un conjunto cada vez mayor de serios trabajadores capaces de difundir la luz y ayudar para el buen momento que viene. Y como este siglo ha sido testigo de un progreso material e intelectual sin precedentes en la historia de la humanidad, progreso por el cual el siglo que viene va a cosechar el fruto de este avance en una convulsión moral y social en un tipo de igualdad sin precedentes, y de una enorme generalidad.¹¹

¹¹ Alfred Russel Wallace, *The wonderful century, its successes and its failures*, Toronto, George N. Morang, 1898, pp.380-381.

Alfred Russel Wallace murió en 1913, en los umbrales del inicio de la Primera Guerra Mundial. Su sueño quedó enterrado en el barro de las trincheras y en el compromiso que asumieron relevantes científicos con el desarrollo de la guerra química para darle un nuevo rostro a la humanidad: el de la máscara. Pero hoy, en la heterogeneidad de intereses que hacen a los diferentes grupos humanos, hay quienes no desean renunciar al ideal de

UMBRALES

un mundo como el que Wallace pensó desde todas sus contradicciones e incongruencias propias de la aventura del pensamiento humano. Sin embargo, en el tiempo secular que nos distancia de los inicios de la Gran Guerra, se nos impone un ejercicio del pensamiento que debe realizarse con el compromiso de todas nuestras fuerzas expresivas, asumiendo la falibilidad propia del entendimiento que, con razón y sin ella, nos advierte sobre el espíritu bélico que portan la utopías y sobre el ahogo existencial que dibuja su ausencia. Es el nuestro un tiempo de incertezas, de preguntas sin respuestas. ¿Tendremos la voluntad de sostenerlas o cederemos frente al estruendo fantástico de los grandes relatos redentores esperando un siglo maravilloso por venir?

**LA
GRAN
GUERRA**



TRINCHERAS





TRINCHERAS

Los pies se hunden, la existencia se agrieta y se resquebraja en una infinidad de ríos helados para permanecer, estúpida y sufriente, aferrada al miedo, esperando que algo suceda en el pestilente lodazal. Finalmente ocurre lo único posible: la lluvia cesa, el pegajoso barro se endurece, el calor restituye el aliento y sin embargo, nadie espera sobrevivir. Maldito aguacero que quita la vida mientras cae y doblemente maldito porque se niega a persistir y, de un plumazo, impone la muerte.

El mismo clima que pospuso el final exige ahora que ocurra lo que en breve habrá de suceder. En la mente de los hombres no hay ni horas, ni minutos, la espera es aterradora e infinita, el tiempo solo transcurre en los relojes que cuelgan en la explanada de la trinchera junto a cartas, anillos, alguna cigarrera o una quebrada fotografía que, en su debilidad, se amotina para dar un último testimonio de la vida que fue. Cada objeto se convierte en reliquia, en legado de soldados agotados que, tal vez, creyeron en la razón de la guerra, la misma que ahora los condena a ser ciegos o mutilados o muertos.

Una última inspección del oficial antes de lanzar el ataque que las lluvias negaron, una ojeada final sobre la línea enemiga a través del seguro periscopio y la decisión estará tomada...

El comandante hace sonar el silbato y con el agudo pitido el tiempo regresa a la mente de los soldados que trepan hacia el campo abierto con increíble rapidez, por cortas y ridículas escalerillas o afianzándose con sus pies y manos a las irregularidades de la pared que es refugio de lo poco que dejan para no ser olvidados. Saltan al minado terreno para correr contra los alambres de púas, hacia la trinchera enemiga, para conquistar la posición o lo que Dios,

in absentia, quiere que sea. ¿Cuán lejos podrán llegar entre explosiones y certeros disparos? Algunos caen fulminados sin la gloria siquiera de haber avanzado un par de pasos, otros dejan parte de sus cuerpos en el devastado paisaje, pocos, los que fueron perdonados por los azares de la batalla se debaten en la trinchera enemiga.

Nada cambia, las posiciones, las propias y las enemigas, permanecen tal como estaban; solo en la trinchera algo es distinto, hay otros rostros y otros cuerpos para intentar otro ataque.

Sin novedad en el frente

La lluvia regresa, menos intensa y en un lugar diferente, en el frente francés donde un joven teniente mira, a través de sus lentes empañadas por insignificantes gotas, a la abatida tropa que comanda. Como en cada trinchera y en el momento preciso, deberá dar la orden a través de su silbato que cuando suene será ley para la ejecución de los hombres porque, obedientes todos, se arrojarán hacia el campo de batalla para morir corriendo y disparando contra el único objetivo certero: el agua que se desploma.

Tiempo después, Rudyard Kipling recibe un telegrama en el que se le informa sobre la desaparición de su hijo John en la ofensiva de Loos, batalla torpe, cruel e inhumana en la que los alemanes dispararon desde el seguro parapeto y los ingleses cayeron sin oportunidad alguna. Pero la falta de noticias es un consuelo, al menos por el momento ofrece la oportunidad para pensar que su hijo solo esté herido.

TRINCHERAS



Kipling enfrenta a su propia letra, a sus notables narraciones que le otorgaron una particular belleza al acto imperial, lo que solo es posible bajo la brillante imaginación de la mirada tuerta, porque la conquista ha de ser, en algún momento, dolorosa. Sin duda lo es para los sojuzgados, pero también habrá de serlo para el colonialista, porque la víctima no habrá de permanecer siempre impotente y porque la negación del otro puede que se transforme en la necesidad de dañar lo propio. Kipling creyó en el valor del imperio inglés, “lo que este país ha conseguido en los últimos 150 años es único. Hemos construido, duramente, una familia de naciones y los británicos como los padres, madre y padre, tienen el deber absoluto de proteger a sus niños”, y por ello utilizó sus influencias para lograr que su hijo fuese aceptado en el ejército, a pesar de que había sido rechazado dos veces debido a su miopía.

El drama de Kipling nos conduce a Kantorek, pequeño personaje que porta sus sentimientos nacionalistas y belicistas “en el bolsillo del chaleco (...) para distribuirlos en cualquier momento”. Ambos representan lo que nos es difícil admitir, la consideración de la guerra como acto legítimo, incluso noble y deseable aunque se suponga que pueda llegar a ser sanguinaria.

Con el poder de un maestro, no por sabio sino por la autoridad que le confiere el Estado, aunque trágicamente los alumnos no puedan conocer de estas diferencias, arenga a sus jóvenes estudiantes sobre el valor de la guerra:

Ahora, esto es lo que debemos hacer. Atacar con todo nuestro poder hasta el último esfuerzo para lograr la retirada antes de que acabe el año. Es con renuencia que toco el tema nuevamente. Ustedes son la vida de la patria, muchachos. Son los hombres de hierro en Alemania, son los felices héroes que acabarán al enemigo. Cuando los convoquen, no soy yo quien debe sugerir que alguno de ustedes

TRINCHERAS

debe levantarse y ofrecerse a defender a su país, pero, me pregunto si esa idea está en sus mentes. Sé que en una de las escuelas los muchachos se pusieron de pie y se alistaron. Pero si eso sucede aquí, no me culparán por sentirme orgulloso. Tal vez algunos digan que no se les debería permitir ir, que son muy jóvenes, que tienen hogares, madres, padres, que no deberían ser separados. ¿Son sus padres tan olvidadizos de su patria que la dejarán morir en vez de ustedes? ¿Son sus madres tan débiles que no pueden enviar a un hijo a defender la tierra que les dio vida? Después de todo, ¿es malo un poco de experiencia para un muchacho? En el honor de ponerse un uniforme, ¿hay algo de lo que debemos huir? Y si las jóvenes se enorgullecen de aquellos que los usan, ¿es algo por lo que deben avergonzarse? Sé que muchos han deseado el título de héroes. Esa no ha sido parte de mi enseñanza: hemosorado por ser útiles y que llegase un buen motivo. Pero ser el primero en la batalla es una virtud, no debe despreciarse. Creo que será una guerra rápida y que habrá muy pocas pérdidas. Pero si hubiesen pérdidas, entonces recordemos una frase que seguramente dijeron muchos romanos cuando luchaban en tierras lejanas: “dulce y apropiado es morir por mi patria”.

Ustedes deben tener ambiciones. Sé de uno que tiene un gran futuro como escritor. Escribió el primer acto de un drama que sería el orgullo de un experto y supongo que sueña con seguir los pasos de Goethe y Schiller, espero que lo haga. Pero ahora, ¡nuestro país nos llama! La patria necesita ideales. Las ambiciones personales deben hacerse a un lado en nombre del gran sacrificio por nuestro país. He aquí un glorioso comienzo para sus vidas. El campo del honor los espera, ¿por qué estamos aquí?

Nos alejamos por el momento del film realizado por Lewis Milestone en 1930, y del cual reproducimos la alocución de Kantorek, para voltear nuestro pensamiento hacia las páginas de la novela homónima en la que se inspira la película. Podremos así afrontar el infortunio, la herida, ver en la profunda trinchera en la que yace la actual educación que hipócritamente se declama libertaria pero que a la vez promueve la reificación del hombre al subsumir el saber en la instrucción y reclamar por una ética que no se ejerce. Son las palabras de Erich María



¹² Erich María Remarque, *Sin novedad en el frente* (1929), Barcelona, Edhasa, 2012, p. 17.

Remarque —enunciadas por su personaje, el joven Paul Bäumer, alumno de Kantorek— las que conmueven nuestra conciencia impulsando, a su vez, la posibilidad misma de un acto del pensamiento sobre la sabiduría olvidada y los compromisos de muchos intelectuales contemporáneos que, por conveniencia o ceguera, renuncian a su responsabilidad al adherir a ideas y proyectos políticos contra los que dicen luchar. La escritura de Remarque se niega a envejecer y se resiste a quedar perdida en los laberínticos meandros del tiempo:

Al fin y al cabo existen miles de Kantoreks y todos ellos convencidos de hacer lo mejor posible a su cómoda manera.

Precisamente en esto consiste su fracaso.

Deberían haber sido para nosotros, jóvenes de dieciocho años, mediadores y guías, que nos condujeran a la vida adulta, al mundo del trabajo, del deber, de la cultura y del progreso, hacia el porvenir. A veces nos burlábamos de ellos y les jugábamos alguna trastada, pero en el fondo teníamos fe en ellos. La misma noción de la autoridad que representaban les otorgaba a nuestros ojos mucha más perspicacia y sentido común. Pero el primero de nosotros que murió echó por los suelos esta convicción. Tuvimos que reconocer que nuestra generación era mucho más leal que la suya; no tenían más ventajas respecto a nosotros que las palabras vanas y la habilidad. El primer bombardeo nos reveló nuestro error, y con él se derrumbó la visión del mundo que nos habían enseñado.¹²

Los jóvenes estudiantes sufrirán y morirán en el frente empujados por el amor a la guerra de sus mayores, quienes expresarán al mismo tiempo el valor de la paz, o especularán con ingenua crueldad acerca de cómo será la guerra: corta y con pocas “pérdidas”.

Rudyard Kipling buscó con desesperación a su hijo, a quien nunca encontró. Padeció su falta y se resignó a un acto tardío de reflexión y responsabilidad.

Símbolos

Las rústicas y dolorosas redes de trincheras construidas por una ingeniería inspirada en la imprevisión de los generales, los dolores de los pies sumergidos continuamente en el agua, ateridos de frío, inflamados y cianóticos, son símbolos de la crueldad de la Gran Guerra, que, sin embargo, no lograron fijarse en la memoria con el suficiente vigor como para neutralizar las fantasías nacionalistas y bélicas azuzadas por la desesperación. A solo dos décadas de finalizada la contienda que marcó la caída del II Reich, gran parte del mundo se sumergía nuevamente en la guerra; una aún más cruel, porque no solo implicó el dominio brutal de un pueblo sobre otro o el avasallamiento a través de sanguinarias conquistas de algunas naciones, violando todo principio elemental sobre la vida de los conquistados. Implicó, además, un intento de remodelación biológica de la humanidad bajo el concepto de que no hay principio moral que deba frenar la aplicación de los más severos instrumentos tecnológicos y las más feroces prácticas biomédicas para lograr este fin. Por otra parte, significó el inicio a gran escala de la producción de armamento de destrucción masiva tras las bombas arrojadas en Hiroshima y Nagasaki.

De Gallipoli a Malvinas

Tras el fracaso de la operación naval británica que pretendía tomar la península de Gallipoli, se inició un movimiento de tropas para que allí desembarcasen contingentes franceses, ingleses, australianos y neozelandeses en lo que será una de las más cuestionadas y dramáticas campañas militares de la Primera Guerra Mundial. Bajo la inspiración del primer Lord del



TRINCHERAS

Almirantazgo, Winston Churchill, se desarrolla una acción para dominar el estrecho de los Dardanelos como paso al Mar Negro y para tomar Constantinopla. La acción militar implicaba la incursión en distintos puntos de la península. Las fuerzas australianas y neozelandesas (ANZAC) desembarcaron en la cala Anzac con la función de cortar el flujo de suministros turcos hacia el sur de la península. Pero como ocurriera en gran parte de la guerra, los hechos sucedieron de manera muy distinta a como se los había planeado y las fuerzas del ANZAC quedaron sumergidas, como en el frente occidental, en la guerra de trincheras. En agosto de 1915 comenzó una ofensiva para conquistar Chunuk Bair. Como parte de una maniobra de distracción se atacan tres puntos, Quinn`s Post, Nek y Lone Pine.

Es en las trincheras de Nek donde un joven australiano murmura su último rezo, palabras que repetidas en cada uno de sus entrenamientos lo habían convertido en un excepcional corredor y que, ahora, lejos de las emociones de la competición, le ofrecen un evanescente consuelo y le indican, además, qué hacer ante el inminente ataque.

¿Qué son tus piernas? Resortes. Resortes de acero. ¿Qué van a hacer? Me van a lanzar a través de la pista. ¿Qué tan rápido puedes correr? Tan rápido como un leopardo. ¿Qué tan rápido vas a correr? Tan rápido como un leopardo. Entonces, ¡vamos a ver cómo lo haces!

El silbato expide la orden de un asalto sin chances porque, aunque las tropas del ANZAC tienen listas sus bayonetas, en la trinchera turca se exponen los mortales cilindros de los cañones de las ametralladoras. Los soldados salen del foso para precipitarse hacia el desordenado territorio, sin tumbas ni túmulos pero plagado de muertos, que es el campo de batalla. Muere

uno, cae otro. La metralla mide la existencia de la vida de los soldados con una corta vara que solo se extiende unos pocos metros. Archie, el joven australiano que rezaba su particular plegaria, corre. Corre sin fusil, como un leopardo que tiene la certeza de llegar hasta su presa. Corre como lo hubiese esperado su entrenador y llega más lejos que los otros. Está solo y así habrá de morir, por la fatal metralla, la que no pudo imaginar cuando se enroló empujado por el bello espejismo de la batalla y en la cual el resorte de acero de sus piernas fue tan inútil como la quebradiza costra del hierro oxidado.

Son escenas, y son palabras de una película que debe ser recordada porque *Gallipoli*, de Peter Weir, es uno de los más elocuentes testimonios antibélicos del cine. Pero la perversión de la publicidad, y la ceguera de una ciudadanía deslumbrada por el discurso nacionalista, por el ensalzamiento de una ruinoso gloria que hiciera la dictadura militar argentina cuando conducía a los jóvenes a morir cruelmente en las Islas Malvinas convirtió a *Gallipoli*, en 1982, en un alegato a favor de la guerra cuando se le proponía al espectador que viera la “anteúltima derrota de los ingleses”. Habrá que descubrir nuevamente a *Gallipoli*, habrá que hacerlo cientos de veces si es necesario y mirar para atrás, sentir la guerra del Atlántico sur, oler nuevamente aquel aire irrespirable que transformaba, a todo aquel que se opusiese a ese acto criminal, en un despreciable traidor condenado a la soledad de saber acerca de una tragedia sobre la que no podía siquiera alertar: tragedia conducida por genocidas a los que repentinamente parecía perdonárseles sus crímenes contra la humanidad, tanto como esos otros que iban a acometer bajo la trampa de la honra de una nación, excusa que sigue seduciendo a pesar de todas las miserias y dolores que ha promovido. Tragedia sostenida por

¹³ Reyes Mate, *De Atenas a Jerusalén. Pensadores judíos de la modernidad*, Madrid, Akal, 1999, p.9.

ciudadanos que aplaudieron y alabaron una patrioter metralha que condenaba la vida y le daba nueva existencia a las trincheras y a los pies inflamados y cianóticos.

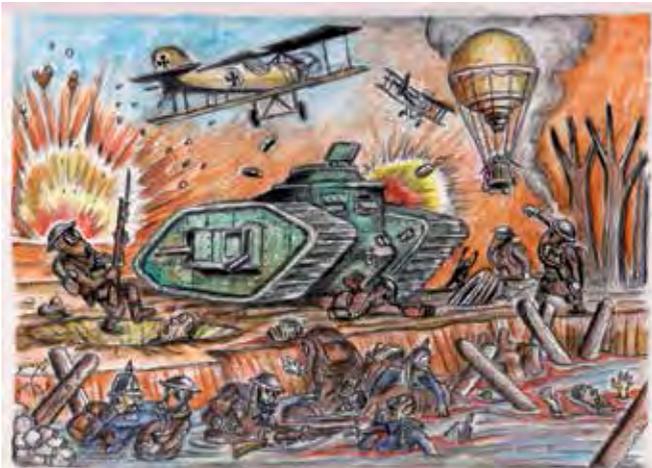
Bajo un silencio obligado por la imposibilidad técnica del sonido, Abel Gance filmó en 1919 *Yo acuso*, donde los caídos de La Gran Guerra se incorporan para demandar por su muerte, demanda que será negada no con palabras sino con los preparativos para otra guerra, aún más devastadora, con un racismo intenso, con campos de concentración y de exterminio como manifestación extrema de la racionalidad instrumental. Guerra que obliga a introducir y reflexionar sobre las palabras del filósofo Reyes Mate cuando sentencia que “no hemos aprendido nada”.

...lo que sí me parece obligado es reconocer que sin esas dos últimas claves (la ontología de la guerra latente en el “idealismo” occidental y la necesidad de relacionar pensar con sufrimiento) no hay manera de entender el siglo XX o, mejor, no hay futuro posible. Esas dos claves no permiten “comprender”, por supuesto, Auschwitz, pero sí “entender” por qué se llegó a la barbarie y por qué no hemos aprendido nada.¹³

Navidad

La ciudad de Ypres es tanto un símbolo sobre la experimentación científico-tecnológica para el desarrollo de armamento químico como un emblema acerca de los encuentros que ocurren entre pueblos y personas a pesar de su manifiesta imposibilidad. Fue en sus cercanías, algunos meses antes de que las nubes de cloro gaseoso cegasen la mirada de los combatientes, donde los soldados decidieron abandonar las trincheras para poder detallar sus

TRINCHERAS



rostros ante el enemigo. Esto que relatamos, y que ocurriese en muchos puntos distintos del frente, no debió haber sucedido porque según los generales para entonces la guerra habría terminado, las nuevas fronteras estarían definidas y porque, fuera con el dolor de la derrota o la engañosa exaltación de la victoria, nadie iba a festejar la navidad en la red de zanjas y alambres de púas que delineaban el paisaje de las batallas.

Añoranzas de un lugar acogedor y la repetición de un inevitable ritual festivo que sostiene y le da sentido a la vida pudieron ser la etérea inspiración para lo acontecido, para los cánticos y para la torpe temeridad de un soldado cualquiera que se anima hacia el terreno donde habían sido abatidos sus compañeros, donde podría estar, por la propia lógica de la batalla, su cuerpo inerte, el mismo que ahora expone fuera del seguro refugio, confiando en la humanidad del enemigo, suponiendo que no le dispararán para poder compartir algo de la bondad que lo define como hombre, aún entre tanta víctima irreconocible.

El territorio lo piensa como fantasma, como ciudadano de una nación que le niega la existencia, como hombre que marca su pisada en el barro que anima la “traición” de la confraternidad y que, por ello, deberá ser olvidado para no formar parte de una confusa historia. En la oscuridad de la noche, solo rota por la luminaria del fuego que emana de las heridas del suelo, sus compañeros lo siguen y van al encuentro de los otros, incluso lo hacen algunos oficiales. A pesar de la cerrazón se pueden ver: quien debía matar distingue el rostro de quien debía morir, se miran en el fétido mundo determinado por el espacio entre trincheras, en ese universo que enuncia la condición del soldado, aquella que —lejos de la romántica gallardía imaginada— los obliga a habitar la tierra de nadie.

TRINCHERAS

Los soldados siguen siendo alemanes e ingleses, pero en esa tierra de nadie pueden reconocerse con los mismos deseos, con la misma intención de regreso. Miran las fotografías, no importan los países, son similares, imágenes de amigos, padres, esposas e hijos pequeños a quienes esperan volver a ver. Sin embargo, todos saben que en algún momento tendrán que matarse porque la maquinaria de la guerra no se detiene, solo se atasca. Y ellos son las piezas menos valiosas del juego.

El amanecer revela los rostros endurecidos de los muertos, la mirada entumecida, la rigidez cadavérica en el severo frío de la navidad. Comienzan a cavar las fosas, es lo único que pueden hacer para alejar la guerra de sus ateridos cuerpos, para convertir aquel lugar sin identidad en un cementerio que les devuelva cierta perspectiva humana a quienes cayeron antes que ellos. Rezar. Poco importa quién es Dios y dónde está y por qué posibilita tanto sufrimiento, orar los une, les muestra la fragilidad de los nacionalismos y disuelve la identidad inscripta en las tonalidades de los uniformes. Por un momento olvidan la torpe ilusión de la belleza en la batalla en la que alguna vez creyeron, cuando la guerra les parecía una aventura excepcional relatada por sus maestros de escuela. Clavan las cruces e identifican cada lugar, aunque algún que otro túmulo quede desnudo porque allí yace un soldado judío. Pasan las horas entre palabras, entre silencios, en tensa comunión. El sol se acerca al horizonte y trae el final de la tregua. Los altos mandos están preocupados por lo ocurrido, por la erosión del “espíritu” de combate. Un encuentro como este no debe volver a ocurrir. En los años subsiguientes, en Nochebuena y Navidad se intensificarán los bombardeos para evitar cualquier forma de confraternidad.

Shackleton

A solo unos días de iniciada la guerra, partía hacia Buenos Aires el barco *Endurance* que junto con el buque *Aurora* formaban parte de la *Expedición Imperial Transantártica*. Este era un hecho ajeno a las batallas en Europa y obligaba a otro tipo de lucha, más silenciosa, contra las asperezas del mundo natural, bien conocida por Ernest Shackleton, quien lideraba aquella empresa en un intento por ser el primer hombre en atravesar el continente antártico de costa a costa y por el punto que define al Polo Sur. Shackleton se embarcó en la capital argentina a finales del mes de diciembre y tras su paso por las islas Georgias dirigió la proa del *Endurance* hacia el mar de Weddell. Sin embargo, la suerte no lo acompañó porque, a pesar del verano, el buque, atrapado en una banquisa de hielo, quedó condenado a un lento pero inevitable naufragio. Con el barco inmovilizado ya no era razonable ocupar el pensamiento en el cruce de la Antártida y en la mente de Shackleton se definió un nuevo objetivo: sobrevivir sobre una helada plataforma para que su deriva les permitiese llegar a tierra firme. Nadie debía morir. Pero los intentos fueron infructuosos y tras meses en las frías aguas de los mares del sur, la banquisa se quebró y debieron abandonarla para buscar refugio navegando en los tres pequeños botes, de poco más de seis metros de eslora, que rescataron del *Endurance*. Aquel fue un año difícil con cientos de miles de muertos en las batallas de Verdún y del Somme y la incorporación de un nuevo armamento que, con el tiempo, mostraría su gran poder destructivo: el tanque. Fue en ese mismo 1916 cuando los expedicionarios del *Endurance* pudieron desembarcar en la isla Elefante, un desierto rocoso que a pesar de su firmeza no ofrecía aliento alguno a hombres extenuados y heridos por el frío. Shackleton sabía que era imposible permanecer mucho tiempo en un lugar tan inhóspito y decidió un arriesgado viaje



cuya posibilidad solo era imaginable en las extremas condiciones del yermo y gélido paisaje de la isla Elefante. Acondicionaron uno de los botes, el *James Caird*, para una travesía de más de 1300 km en uno de los mares más difíciles del planeta, con una temperatura inferior a los veinte grados bajo cero y con la certeza de que un mínimo error en el curso los llevaría a la deriva, lejos de las costas de la isla Georgia del sur.

El 24 de abril, veintidós desajustadas siluetas se esforzaban por despedir a la pequeña embarcación con la cual Shackleton, el capitán Worsley, el carpintero Mc Neish, Tom Crean, Tim McCarthy y John Vincent intentarían llegar a la estación ballenera de Stromness.

En el mar, los bloques de hielo comprimen la mirada expandiendo la ansiedad de los seis navegantes que palpitan lo absurdo de su travesía, que conocen las pocas probabilidades de mantenerse a flote, pero que deben sostener su intención por esquivar a la muerte porque no son libres, están encadenados a quienes se debieron quedar en la agónica soledad de una perdida roca de la geografía antártica, a la espera de su salvador regreso.

Diecisiete días más tarde, los cautivos habitantes de la isla Elefante no lo saben, ocurre lo improbable, el *James Caird* llega a las costas de la isla Georgia del sur. Sin embargo, para los extenuados viajeros, el drama no concluye porque aún deben atravesar heladas tierras inexploradas. Sin tiempo para el descanso, con la advertencia sobre el escaso valor de su viaje si no logran dar el último paso, con el reflejo de la muerte en suelo antártico, en 1912, del capitán Robert Falcon Scott a tan solo unos 19 kilómetros de un depósito de suministros, Shackleton, Worsley y Crean inician la caminata por la *terra incognita*.

Mientras los hombres del *Endurance* intentan sobrevivir, los del *Aurora*, constituidos en

la mitad silenciosa de la expedición transantártica, se encuentran en el cabo Evans, en las costas del Mar de Ross, dando su pelea particular. En mayo de 1915, el buque constituido en refugio y salvoconducto, se soltó de sus amarras y los diez hombres que habían desembarcado con la función de colocar las estaciones de suministros para cuando llegase la partida de Shackleton quedaron aislados. Sin contar con provisiones fundamentales —vestimenta, combustible y alimentos— porque quedaron en el *Aurora*, y sin imaginar la posibilidad de un rescate, el pequeño grupo se preparó para una difícil internada en los hielos antárticos. Amenazados por el escorbuto, el congelamiento, la ceguera y a veces la desesperación, los hombres que formaban parte del llamado grupo del Mar de Ross inician, a pesar de la razón que señala las dificultades, los trabajos para constituir los depósitos de provisiones sin los cuales los hombres provenientes desde el mar de Wedell y que deberían lograr el cruce del continente antártico, no podrían sobrevivir. Con muda eficiencia y convicción, contra el clima y los dolores que la naturaleza hostil del polo les impone, aceptando los riesgos de la muerte que finalmente alcanza a Victor Hayward y al comandante Aeneas Mackintosh, cumplen con el inútil trabajo, porque Shackleton jamás iniciará la travesía por las tierras antárticas.

En las frías costas del Mar de Ross un pequeño grupo de hombres, aislados y solitarios, dio una infructuosa pelea que los convirtió en vital metáfora sobre las luchas, las víctimas y los muertos que toda historia olvida.

Finalmente, como si fuese un aparecido, Shackleton se presenta en la puerta de una precaria construcción.

“Adelante, adelante”, tal la invitación del Sr. Sorlle, administrador de la estación ballenera

¹⁴ Texto modificado a partir del original citado en Ernest Shackleton, *Sur. Historia de la última expedición de Shackleton*, Ushuaia, Südpol, 2011, p. 233.

en la isla Georgia del sur. Shackleton sabe que ha logrado lo imposible, que está a un paso de salvar a todos sus hombres varados en la isla Elefante y sin embargo lo asalta otra preocupación: “Dígame, ¿cuándo terminó la guerra?” (...) “La guerra no terminó. (...) Están muriendo millones de personas. En Europa se han vuelto locos. El mundo está fuera de sus cabales.” Ante la inevitable inquietud de Shackleton sobre el resultado de las batallas, sobre el deseo de saber quién gana, el capataz responde, “El que quede vivo”.¹⁴

Les quedaba carne de foca y de pingüino para dos días, hecho que en otro momento no habría sido particularmente preocupante porque estaban acostumbrados a cierta desesperada rutina desde que el *James Caird* se había perdido en el horizonte hacía ya unos cuatro meses. Pero esta vez, una fantasmal ausencia de nuevos animales para cazar les indicaba que se acercaba el final. Aún eran veintidós, nadie había muerto, pero los cuidados de los médicos McIlroy y Macklin eran cada vez más ineficaces para borrar de los cuerpos las dolorosas marcas del aislamiento en la difícil naturaleza antártica. ¿Cómo seguir sosteniendo la esperanza de un rescate después de tanto tiempo, con la insoportable y repetida comida a punto de agotarse? Ni siquiera tenían la certeza de que Shackleton hubiese llegado a algún lugar. Pero era el 30 de agosto y en el horizonte, el vapor chileno *Yelcho* revelaba su inesperada silueta para darle forma a las fantasías con las que alimentaron su imaginación y que incluían “cualquier viejo budín que fuese lo suficientemente grande”, “rosas con mermelada” o “un enorme omelette”. Era el final. Shackleton observó desde la cubierta del barco las figuras que alguna vez lo despidieron, estaban todos. Había cumplido con el objetivo que el hundimiento del *Endurance* le impusiese a su conciencia: nadie debía morir. Sin embargo, el

regreso a Europa cuestionaría su logro porque no trajo para los integrantes de la expedición transantártica, los del buque *Aurora* y los del *Endurance*, el gozo corriente de una variada comida sino la impiedad de una guerra en la cual algunos encontrarían la muerte.

En las consideraciones finales sobre el inalcanzado cruce antártico, Shackleton comentó: “Si tomo la expedición como una unidad de cincuenta y seis hombres murieron tres en la Antártida, tres cayeron en acción y cinco fueron heridos, de modo que nuestras bajas han sido bastante altas”.¹⁵ Además, en la dedicatoria que escribiera para su obra *Sur*, crónica de su última aventura en el mundo polar, se lee:

A mis camaradas que cayeron en la guerra blanca del sur y en el campo rojo de Flandes y Francia.¹⁶

Pero la del sur no fue una guerra, fue un acto por la supervivencia de hombres perdidos que intentaban erguirse contra los golpes del mundo natural, contra el congelamiento, contra la soledad y la desesperación. Significó la muerte para algunos, pero lo sucedido en el blanco mundo de la Antártida no fue una conflagración porque quienes intentaban mantener su vida buscando el regreso no estaban obligados a matar, ni a dejarse morir de manera torpe y por ello doblemente dolorosa. Aunque todos hemos de morir, no debería ser en el rojo campo de Ypres, ni en Gallipoli, ni en las Islas Malvinas, porque la forma en la que estamos dispuestos a hacerlo, o la manera en la que se nos impone, le da o le quita dignidad y belleza a la vida, a la propia y a la de quienes nos acompañan. Como afirmase Tzvetan Todorov:

¹⁵ Ernest Shackleton, *Sur. Historia de la última expedición de Shackleton*, Ushuaia, Südpol, 2011, pp. 372.

¹⁶ *Ibidem*, p. 5.

Toda sociedad necesita afirmar su identidad, defender sus ideales y resolver eficazmente los problemas que se le plantean; sin embargo, erigidas en principios últimos, las respuestas a estas necesidades traban su vida.¹⁷

Esta última reflexión me conduce a una evocación personal vivida a través del relato histórico, me acerca a la figura de Janusz Korszack, médico y pedagogo polaco quien dirigió la casa de huérfanos *Dom Seirot* en Varsovia desde 1912 hasta 1942.

La constitución por el poder nazi de un ghetto en la capital polaca significó para la población judía y para el orfanato de Korszack el encierro y el hacinamiento en un pequeño sector de la ciudad. Aunque tuvo la posibilidad de salir, se negó y cuando ocurrió “La gran acción” para el exterminio de los judíos del ghetto y de los niños del orfanato que serían llevados a Treblinka, él los acompañó en un acto de protección y amparo por la vida, la de los niños, la suya propia (desde el recuerdo, la nuestra), porque aunque pareciera paradójico, ya que todos se dirigían a la cámara de gas, hemos de saber que el cuidado de la vida se manifiesta en tanto el otro y yo vivimos: diez minutos, algunos meses, noventa años, el tiempo que fuese. Podemos ahora parafrasear el texto final de la obra de Todorov, *Memoria del mal tentación del bien*, reclamando por esta última imagen y por la de Irena Sendler —enfermera católica quien a riesgo de su vida logró rescatar a más de dos mil quinientos niños del ghetto tomando todas las previsiones posibles para preservar sus identidades—, porque más que la espantosa fotografía del fanatismo nacionalista que llevó a los hombres a las inmundas trincheras, sería inspiradora para nuestro tiempo la consideración por el hombre

¹⁷ Tzvetan Todorov, *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Barcelona, Península, 2002, p. 369.



TRINCHERAS

sencillo, por la mujer bondadosa y comprometida para quien un niño o un adulto, el otro o el semejante “no se reducen a una categoría —un enemigo, un prisionero— sino que sigue siendo una persona, infinitamente frágil, infinitamente preciosa”¹⁸.



¹⁸ Tzvetan Todorov, *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Barcelona, Península, 2002, p. 370.

MÁSCARAS



El viento sopla en la dirección indicada y con la fuerza justa, no es muy intenso, se desliza como una sencilla brisa que porta el impulso necesario para concluir con la anhelante espera que agobia a los hombres. Es el atardecer y todos sobrellevan en su agitada humanidad la apagada excitación de saber que algo extraordinario está por suceder, y no precisamente por los azares de la naturaleza, sino por el designio de un logro técnico que habrá de transformar la fisonomía de los rostros humanos para volverla extraña, inexpresiva, homogénea, con el aspecto quimérico de no ser ni mamífero ni insecto.

Es el 22 de abril de 1915 y un extraño silencio atrapa la imaginación de los soldados en las cercanías de la ciudad de Ypres.

Síntesis

El final semeja una difuminada disculpa, una justificación por la brevedad de lo dicho, por lo escueto de las palabras que no aparentan hacerle justicia al conocimiento logrado. Pero, aunque legítima, puede que esta no haya sido la principal razón para la casi imperceptible excusa formulada por nuestro autor. Es posible que sus intuiciones sobre las nuevas y excepcionales conquistas que imagina en relación con la síntesis de diferentes sustancias y compuestos lo hubiesen inquietado tanto que no era dable otra sensación que la disconformidad con la austera descripción que le era posible formular sobre una ciencia que supone tan digna como la física. Tal ansiedad pudo verse exacerbada por la consideración y la esperanza de que esos mismos procesos químicos que enuncia podrán constituirse, con

el tiempo, en un logro instrumental de tal envergadura que, de ser utilizados con sabiduría, habrán de promover el bienestar y el progreso, revirtiendo la miseria que sabe y denuncia para su propia época.

Tras describir algunos de los más significativos logros técnicos en el campo de la química, Wallace concluye uno de los capítulos más breves de su obra *El siglo maravilloso* de la siguiente forma:

De este modo se ve que la química, como ciencia, tiene descubrimientos novedosos de una naturaleza tan sorprendente como aquellos que ocurren en el campo de la física. La dificultad para observarlos aquí se debe en gran parte al hecho de que ya tenemos en los capítulos anteriores algunas consideraciones sobre aspectos, tanto cotidianos como industriales, de invenciones químicas. Iluminación de gas, lámparas de aceite de petróleo, fósforos “Lucifer”, y todas las maravillas de la fotografía que son esencialmente aplicaciones de la química, y, esta última, con sus maravillosos resultados, tanto en las artes y en sus diversas aplicaciones en la investigación astronómica, no es superada por los logros de cualquier otro departamento de la ciencia.¹⁹

En un párrafo anterior de su trabajo, Wallace resume lo que considera algunos de esos grandes logros de la química de su tiempo como ser la síntesis de sustancias orgánicas que habrían de marcar el desarrollo industrial durante la primera mitad del siglo XX.

El carbón de hulla nos ha proporcionado una maravillosa serie de materias colorantes tales como la anilina y otros tintes, mientras que a partir del mismo material se producen benzol, ácido carbólico, nafta, la creosota, quinina artificial, y sacarina, un sustituto del azúcar. Los nuevos explosivos, tales como la dinamita y la nitroglicerina, se producen a partir de materias grasas, animales o vegetales,

¹⁹ Alfred Russel Wallace, *The wonderful century, its successes and its failures*, Toronto, George N. Morang, 1898, p. 92.

MÁSCARAS



²⁰ Alfred Russel Wallace, *The wonderful century, its successes and its failures*, Toronto, George N. Morang, 1898, p. 90.

mientras que algunos de los mayores triunfos de la química moderna son la producción artificial de sustancias naturales que, se suponía, solo podían ser consecuencia de procesos orgánicos. Tales son el tinte índigo, el ácido cítrico, la urea, y algunos otros.²⁰

El conocimiento científico y tecnológico, lejos de la universalidad que sugiere la descripción anterior, carente de nombres y actores, tiene un tiempo y un espacio, involucra de manera diferente a las naciones y a los pueblos y se define en rostros concretos como el de Justus Liebig, creador en 1825 junto a otros dos profesores de un Instituto químico-farmacéutico con el fin de impulsar la formación de profesionales en el campo de la química. Rechazado en un primer momento por la universidad, este centro se convertirá, por su concepción pedagógica, en una de las piedras basales para el liderazgo tecnológico de Alemania, nación constituida como II Reich tras la guerra franco prusiana. Con el correr de los años el de Liebig, junto con otros institutos de formación académica, promoverán el desarrollo de la química orgánica vinculada a la producción industrial. El mundo alemán liderará la obtención y la manufactura de colorantes artificiales impulsando la investigación sobre la estructura y la síntesis de miles de otros compuestos orgánicos. En sus estados se crearon empresas como la Chemische Fabrik E. Merck, la Badische Anilin und Soda-Fabrik (BASF), Agfa, Bayer y Hoechst AG, tan relevantes para la historia contemporánea, como lo pueden ser las nobles luchas libertarias, las crueles batallas o la muerte industrial en los campos en la cual muchas de esas empresas participaron escudadas en el silencio de los actos burocráticos y en la pulcritud de sus oficinas lejanas al barro del frente de guerra y al gas de las falsas duchas en los Lager. Muchas de estas mismas empresas participarán en una forma particular de organización institucional de la

investigación científica que colocará a Alemania en un lugar dominante con respecto a otros países europeos. Promovidas por Friederich Althof, director del Real Ministerio Prusiano de asuntos eclesiásticos, educacionales y médicos, fueron creadas en tierras germanas una serie de instituciones científicas que, financiadas por poderosos industriales, se debían dedicar solo a la investigación, desligándose del deber por la enseñanza, la cual sería una obligación particular de las universidades. Hacia 1911 y como forma de recuperar un papel directriz del Estado en los asuntos científicos y tecnológicos, se crea el Kaiser Wilhelm Gessellschaft, que nucleará bajo su administración a los institutos de investigación financiados con capitales privados y cuya prioridad investigativa queda, en el comienzo, definida por los dos primeros centros que se crean en Dahlem, Berlín. Uno será dirigido por Emil Fischer, célebre químico galardonado con el premio Nobel y el otro por Fritz Haber, quien, un par de años antes, había propuesto un proceso para la síntesis del amoníaco.

Guerra: los comienzos

Lejana geografía para las naciones de Europa y lejano también el padecer de soldados y marinos que luchan en el pacífico y en el yermo territorio donde se entrecruzan los intereses de Bolivia, Perú y Chile por el salitre, fuente única de nitratos para la agricultura y la producción de explosivos. Lejana tierra para alemanes, franceses e ingleses que sin embargo requieren ese salitre. La guerra del Pacífico, que condenó a Bolivia a ser un país mediterráneo, le dio a Chile y a los capitales ingleses el monopolio de las sales nitrogenadas. Sin embargo,

poco a poco, ese recurso habrá de perder su valor gracias al ingenio técnico de los químicos alemanes, hecho que puede resumirse en las grandilocuentes y excesivas palabras de Fritz Haber cuando le fue concedido en 1919 el premio Nobel correspondiente al año anterior por la síntesis del amoníaco:

Es posible que este proceso no sea la solución final. Las bacterias del nitrógeno nos enseñan que la naturaleza, con sus sofisticadas formas en la química de la materia viva, utiliza métodos que aún no sabemos cómo imitar. Baste decir que, mientras tanto, mejorar la fertilización nitrogenada de la tierra trae nuevas riquezas nutritivas para la humanidad y que los productos de la industria química pueden ayudar a los agricultores que, en la buena tierra, pueden transmutar las piedras en pan.²¹

En los años previos a la Gran Guerra, sin embargo, la coartada de ser benefactor de la humanidad que late en este pensamiento no parecía tan valiosa y puede que de no mediar la derrota de Alemania, estas palabras hubiesen sido distintas porque, en los tiempos anteriores a la batalla, lo verdaderamente significativo era lograr la producción de explosivos con independencia del nitrato chileno. Haber, ante todo, era un nacionalista alemán y por ello el drama que recorre la síntesis del amoníaco y de los nitratos, desde los umbrales de la Primera Guerra Mundial hasta la derrota del II Reich, se resume en un pensamiento que le pertenece y según el cual, en tiempos de paz, la ciencia sería universal, pero si es dada la guerra entonces la pertenencia de esa misma ciencia queda restringida al ámbito de la patria. Este juicio, por cuestionable que sea, tiene la virtud de erosionar, desde el compromiso de uno de sus más relevantes actores, la idea de que la ciencia podría erigirse por sobre las contradicciones de la historia y por sobre las pasiones políticas de los hombres. Además revela el riesgo de

²¹ Fritz , Haber, "The synthesis of ammonia from its elements. Nobel Lecture", June 2, 1920, <http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/chemistry/laureates/1918/haber-lecture.pdf> [Consulta: 25 de mayo de 2014].

una representación que supone a los científicos como actores universales de los dramas que marcan el devenir de los distintos pueblos y culturas. La transmutación de las piedras en pan, gracias a los fertilizantes artificiales producidos a partir del amoníaco obtenido por el método de Haber, puede ser un hecho cierto pero también lo son los muertos y los cegados por los gases químicos utilizados en el frente de combate, solo que en 1919 y con la derrota sobre la espalda, no era posible reivindicar con orgullo este logro técnico. Es interesante, en este punto, hacer un pequeño desvío para reflexionar sobre aquello que con el tiempo termina por ser juzgado como un éxito de la ciencia y sobre aquello que es relegado al olvido subsumiéndolo en la categoría de pseudociencia o de error, atribuyendo la responsabilidad de las dramáticas consecuencias, las que fuesen, a cualesquiera de todos los otros actores sociales. El filósofo español Reyes Mate sugiere el siguiente pensamiento:

La ciencia que todo lo cura y todo lo sacia, no sabe, claro, de pasados irredentos. Solo le interesa el pasado que ha tenido lugar y ha llegado hasta el presente, es decir, el pasado victorioso. Benjamin contraponía vigorosamente la ciencia a la memoria precisamente por sus diferentes actitudes respecto al pasado de los vencidos. Para la ciencia ese pasado es irrelevante, sea porque ha pasado mucho tiempo y ha prescrito, sea porque no hay quien se haga cargo de la factura pendiente. Por eso la ciencia archiva el pasado. La memoria, por el contrario, abre los expedientes que la ciencia archiva porque, ella sí, reconoce la vigencia de sus preguntas, aunque no tengan respuestas, aunque nadie pueda pagarlas. ¿Qué se deduce de todo esto? Que no se puede dejar en manos exclusivas de la ciencia la interpretación de la realidad. No se puede identificar ciencia con razón.²²

²² Reyes Mate, *De Atenas a Jerusalén. Pensadores judíos de la modernidad*, Madrid, Akal, 1999, p. 78.



El 4 de agosto de 1914, el ejército alemán cruzó la frontera Belga en su ofensiva contra Francia. Doce días más tarde la ciudad de Lieja capitulaba, poco después lo hacía Bruselas. De manera irreversible, y con el avance sobre Bélgica, las acciones bélicas se generalizan abandonando el acotado territorio de los Balcanes, núcleo de fuertes conflictos de carácter nacionalista, para comprometer a gran parte de Europa y hacia el final de la guerra a los Estados Unidos. Pero la lucha no sucede únicamente en el frente de batalla, ocurre también en el campo de las letras y en el de la invención, porque se deben dar justificativos que legitimen los actos que conducen a la muerte y a la mutilación y porque la investigación científica y tecnológica debe perfeccionar o desarrollar novedosos armamentos.

Guerra: el pacto

No hay otra posibilidad técnica que el silencio. Ni ruido, ni habla, ni siquiera el más leve de los murmullos puede existir. En ese silencio vive el sentido trágico del dinero, del poder que otorga, del amor que pretende comprar, desplegando su dura y negada crueldad.

En el apagado paisaje de su habitación, Balduin lamenta su suerte de pobre estudiante. Frente a su escritorio, reflexiona con una desanimada mirada que vaga sin atención alguna sobre el mundo, tanto que no se percata de la entrada del viejo Scapinelli. Hombre bajo y ligeramente encorvado, porta una galera y un bastón que, sin embargo, son incapaces de darle dignidad alguna. Vivificado por su malévola sonrisa y por una insidiosa mirada apenas oculta tras los redondeados lentes de sus anteojos, extrae de su bolsillo una pequeña bolsa

llena de dinero que le promete al pobre la imposible riqueza. Las monedas y billetes caen sobre la madera de la mesa que hasta hace poco sostenía la desvencijada alma de Balduin, que sospecha y pregunta por el precio de tan alta fortuna. El hombre bajo agiganta su estatura y su poder elevándose sobre la rústica madera de una incómoda silla. Muestra con grandilocuencia el escueto contrato, tan breve y preciso como risible es lo que demanda:

Declaro haber recibido 100.000 monedas de oro, a cambio de lo cual, doy al señor Scapinelli, el derecho de tomar lo que quiera de esta sala.

Balduin.
Praga, 3 de mayo de 1820.

Sorprendido por tan bajo costo, Balduin recorre con su vista el miserable cuchitril donde nada, de lo poco que hay, tiene valor alguno. “Tome lo que quiera”, le propone y firma. Sabe que tiene todo por ganar, solo que no ha mirado con suficiente atención al hombre que le concede la riqueza con tan extraña generosidad. Scapinelli lo apunta con su bastón mientras voltea la cabeza hacia el espejo donde los dos hombres proyectan su humana forma. “Señor estudiante Balduin, quiero la imagen suya que se refleja en el espejo, este es mi secreto”.

Balduin observa espantado como su figura abandona la hondura de la pantalla para acompañar a Scapinelli, quien se despide con una amable y sardónica reverencia agitando su indigna galera. El joven estudiante de Praga abandona su desazón en la creencia de que las faltas éticas, incluso las más severas, pueden ser olvidadas. Además —un pacto es un pacto—,



y el que firmó le ofrece una enorme riqueza. Pero Balduin no pudo, no quiso, comprender el verdadero precio al que todo acuerdo con el diablo obliga.

Ludwig Fulda era ya un reconocido escritor alemán cuando en 1914 redactó la primera versión del *Llamamiento al mundo civilizado* (*Aufruf an die Kulturwelt*), documento que pretendió ser un justificativo a la invasión de Bélgica. Firmado por noventa y tres personalidades, entre los que se encontraban artistas, científicos, historiadores, teólogos, juristas, filósofos y filólogos, se constituyó en una trágica y extrema defensa del militarismo:

Como representantes de la ciencia y del arte alemán, por la presente protestamos al mundo civilizado contra las mentiras y calumnias con que nuestros enemigos están tratando de manchar el honor de Alemania en su dura lucha por la existencia, en una lucha a la que se ha visto forzada. La boca de hierro de los acontecimientos ha demostrado la falsedad de las derrotas alemanas; por consiguiente la falsedad y la calumnia demuestran su entusiasmo en este trabajo. Como heraldos de la verdad se levantan nuestras voces en su contra.

No es verdad que Alemania sea culpable de haber provocado esta guerra. Ni el pueblo, ni el gobierno, ni el emperador la han querido. Desde la parte alemana se ha hecho todo lo posible por evitarla. El mundo posee sobre esta cuestión documentos irrefutables. A lo largo de sus veintiséis años de reinado, Guillermo II ha demostrado muchas veces ser el protector de la paz mundial; muchas veces sus adversarios lo han reconocido. Y ese mismo emperador, a quien ahora se aventuran a llamar Atila, ha sido ridiculizado por décadas debido a su amor inquebrantable de la paz. Solo después de mucho tiempo, cuando una poderosa fuerza que, tras el acecho en las fronteras, se lanzó desde tres flancos, se lanzó sobre nuestro pueblo que se levantó como un solo hombre.

No es verdad que atravesamos una neutral Bélgica. Se ha demostrado que Francia e Inglaterra habían resuelto que no lo fuera, y del mismo modo se ha demostrado que Bélgica había accedido a esa estrategia. Hubiera sido un suicidio por nuestra parte no haber tomado la delantera.



No es verdad que la vida y la propiedad de todo ciudadano belga ha sido violada por nuestros soldados sin que amargamente haya sido necesario, porque una y otra vez, a pesar de las repetidas amenazas, los ciudadanos ponen emboscadas, disparando a las tropas desde las casas, mutilando a los heridos, y asesinan a sangre fría a los médicos mientras están haciendo su trabajo samaritano. No puede haber ningún abuso más vil que el ocultamiento de estos crímenes con el objeto de que los alemanes parezcan ser delincuentes, solo por haber castigado justamente a estos asesinos por sus malas acciones.

No es verdad que nuestras tropas trataran brutalmente Lovaina. Furiosos de haber caído a traición sobre ellos en sus barrios, nuestras tropas, con los corazones doloridos, estaban obligadas a imponer un castigo a una parte de la ciudad. La mayor parte de Lovaina se ha conservado. El famoso ayuntamiento está bastante intacto, porque con gran autosacrificio nuestros soldados lo salvaron de la destrucción por incendio. Todos los alemanes, por supuesto, lamentan mucho si en el curso de esta guerra terrible han sido destruidas obras de arte o vayan a ser destruidas en algún momento en el futuro, pero pese a nuestro gran amor por el arte, que no puede ser superado por ninguna otra nación en el mismo grado, debemos rechazar decididamente comprar una derrota alemana por el coste de salvar una obra de arte.

No es cierto que nuestra guerra no respeta las leyes internacionales. No conoce la crueldad indiscriminada. Sin embargo, la tierra del Este se satura con la sangre de mujeres y niños masacrados sin piedad por las salvajes tropas rusas, y en el Oeste, las balas mutilan los pechos de nuestros soldados. Aquellos que se han aliado con los rusos y serbios, y presentan una escena vergonzosa ante el mundo como el de incitar a los mongoles y negros contra la raza blanca, no tienen ningún derecho a llamarse a sí mismos defensores de la civilización.

No es cierto que la lucha contra el llamado militarismo sea una lucha por la civilización, como nuestros enemigos hipócritamente pretenden que sea. Si no fuera por el militarismo alemán, habría sido extirpada la cultura alemana. Para su protección surgió en una tierra que durante siglos había estado plagada de bandas de ladrones como en ningún otro país habían existido. El Ejército alemán y el pueblo alemán son un todo, y hoy esta conciencia fraterniza setenta millones de alemanes, sin distinción de rango, posición oficial y partido.

No podemos quitar de las manos de nuestros enemigos el veneno de la mentira. Lo único que

²³ Citado en: José M., Sánchez Ron, *El poder de la ciencia. Historia social política y económica de la ciencia (siglos XIX y XX)*, Crítica, Barcelona, 2007, p. 570.

podemos hacer es anunciar a todo el mundo que nuestros enemigos han dado falso testimonio; es a vosotros, que nos conocéis y que habéis vigilado con nosotros los bienes supremos de la humanidad, a quienes apelamos.

¡Creednos! Creed que llevaremos el combate hasta el final como un pueblo cultivado, al que la herencia de Goethe, de Beethoven, y de Kant le es tan sagrada como su hogar y su tierra. En ello empeñamos nuestro nombre y nuestro honor.²³

La suerte de Fulda se fusiona con la del protagonista de *El estudiante de Praga*, película muda que fuera estrenada en 1913, en los umbrales de la Primera Guerra Mundial. Su pacto fue con el militarismo y un exacerbado nacionalismo, el mismo que décadas más tarde lo condenaría por su condición de judío. En 1933 y por la *Ley de Restablecimiento del Servicio Civil Profesional*, legislación antisemita del régimen nazi, fue dejado cesante de sus cargos, incluida su filiación a la Academia de Artes de Prusia: al serle negada la visa de ingreso a los Estados Unidos, se suicidó en Berlín en 1939.

Fritz Haber, quien firmó el manifiesto, tuvo un destino más trágico, porque su compromiso con el nacionalismo y el militarismo alemán fue aún más intenso.

Guerra: el gas

Es un río extenso, con un nombre que designa la identidad de una batalla, de un combate que impone un nuevo límite, una frontera que los generales no imaginaron.

Tras el combate del Marne, el avance alemán se detiene. Los soldados quedan varados

MÁSCARAS



en las fosas que cavan para sobrevivir, o para morir, o para caer heridos intentando la defensa o esperando una victoria que la guerra de trincheras parece negar.

El tiempo pasa implacable, pero la línea del frente permanece quieta, sumida en una lucha que no concluye. La navidad ya no será en las casas, ni en las plazas, ni con los hijos, ni con los placeres y dolores de la vida diaria. A pesar de los ataques no hay triunfos, solo se siente lo que parece ser una permanente derrota. En las galerías que recorren el terreno, los hombres se mueven como si fuesen hormigas bajo el mandato de las inviolables leyes de la naturaleza. Solo les queda la miserable rutina de tener que esperar el dramático fin de la vida personal. La guerra no progresa. Quienes deben decidir las acciones en el frente esperan nuevos desarrollos técnicos para que sus ejércitos puedan quebrar el statu quo de la red de fosas, zanjas y alambres de púas. Fritz Haber sugiere un armamento inédito. Aunque la idea no es totalmente original, ya se habían utilizado sustancias irritantes en proyectiles, supone una aplicación técnica distinta y efectiva, que parece portar la tramposa virtud de no violar la convención de la Haya de 1899 según la cual, “las potencias signatarias debían abstenerse de usar todo proyectil cuyo único objetivo fuese la difusión de gases asfixiantes o deletéreos”. Tal como lo reconoce el general Von Falkenhayn, jefe del Estado Mayor del Ejército alemán, no es lo mismo rellenar proyectiles con gas letal que liberarlo para que el viento lo conduzca hacia territorio enemigo.

Fritz Haber confía en el cloro. Almacenado en cilindros metálicos, puede guardarse en la propia trinchera hasta que las condiciones meteorológicas permitan su utilización efectiva.

Albrecht von Wurtemberg, comandante del 4º ejército que se bate en Ypres, es el único oficial alemán que acepta colaborar en el primer ataque químico con gas cloro.

Walther Nernst, Otto Hahn, Gustav Hertz y James Frank, futuros premios Nobel, forman parte de la llamada *Unidad de desinfección Peterson* que posteriormente formará el 35 regimiento de zapadores (Pionierkomando), cuya función es probar y ejecutar la perspectiva de la guerra química desarrollada por Haber.

Max Born, un joven físico, quien también recibiría el galardón de la Academia Sueca, se niega.

En marzo, el regimiento 35 de zapadores se desplaza hacia el frente, a la zona de Ypres. Finalmente, los casi seis mil cilindros se instalan en la explanada de las trincheras, sobre bases de madera, cubiertos con potasa para neutralizar posibles fugas de cloro. El ataque será contra las fuerzas franco-argelinas dado lo óptimo de su disposición en un terreno favorable para la dispersión del gas.

Es el amanecer del 22 de abril de 1915. A las 4:00 horas debe comenzar el ataque, pero no hay viento alguno. Las horas pasan, el día se hace extremadamente largo, todo se parece al infinito, detenido y eterno. Finalmente, poco después de las 17:00 sopla una brisa del Este y se abren las válvulas para liberar ciento cincuenta toneladas de cloro. En un principio y debido a la condensación de agua, se forma un velo blanco que cubre la línea alemana. La nube del mortífero gas se expande verde amarillenta a más de veinte metros por sobre el suelo. Cien segundos más tarde llega a las líneas francesas. Los soldados, aferrando sus gargantas, huyen por la parte trasera de las trincheras. En su libro *La nube venenosa*, Ludwig Haber describe el ataque pensado por su padre:

²⁴ Citado en: Max F. Perutz, *Los científicos, la ciencia y la humanidad*, Barcelona, Granica, 2002, pp. 33-34.

La primera orden de alerta de liberación del gas fue dada el 14 de abril a las 22.30 y cancelada a la 1:45 del 15 de abril. La segunda fue el 19 de abril a las 15:00 pero hubo un contraorden. Para entonces el [Alto Mando] se había vuelto cauteloso y debido a la amenaza rusa en el frente austro-húngaro era renuente a enviar reservas destinadas para el Este para algo tan incierto como completar un ataque de gas. La tercera alerta fue dada el 21 de abril a las 17:00, primero se pospuso para las 4:00 del 22, luego para las 9:00 y más adelante para la tarde. Las tropas, los Pionierkomando y los especialistas habían tenido poco tiempo de descanso y estaban al borde de sus fuerzas. Estaban seguros de que los aliados habían sido alertados. Y de hecho así era. Tres semanas antes, algunos prisioneros le habían contado a los franceses, todavía al sur de Salient, sobre la instalación de los cilindros y en marzo había habido evidencia visual de la explosión de cilindros de gas. Pero los franceses ignoraron las advertencias...

La apertura simultánea de casi seis mil cilindros que liberaron ciento cincuenta toneladas de cloro a lo largo de siete mil metros en unos diez minutos fue espectacular...En minutos, los soldados franco-argelinos de las líneas del frente y de las de apoyo estaban envueltos por el gas asfixiante. Los que no se sofocaban entre espasmos huyeron, pero el gas los siguió. El frente colapsó.²⁴

Poco después las tropas alemanas entran en las aldeas de Langemark y Pilkem, pero no avanzan hacia Ypres. Por la noche las fuerzas aliadas han vuelto a ocupar el mismo lugar en las mismas fosas de las que habían huido por el gas. El escritor Rudolf Binding relata su vivencia en Langemark:

Los efectos del certero ataque con gas fueron horribles. No puedo sentir complacencia alguna con el envenenamiento de seres humanos. **Por supuesto, en principio el mundo entero protestará encolerizado para después imitarnos.** Todos los muertos yacen sobre sus espaldas, con los puños cerrados, todo el campo es amarillo. Dicen que Ypres debe caer ahora.

Uno puede verla arder pero no sin sentir una punzada por la bella ciudad. Langemark es un

²⁵ Rudolf G. Binding, *A fatalist at war*, Houghton Mifflin, Boston, 1929, p. 64. El subrayado es del autor.

montón de basura y todos los montones de basura se parecen, no hay sentido en la descripción de alguno de ellos. Todo lo que queda de la iglesia es la puerta de entrada con la fecha “1620”.²⁵

Al día siguiente se produce un ataque contra el flanco de soldados canadienses. El resultado de la segunda batalla de Ypres está decidido. No hay triunfo, ni siquiera un soplo de honra, solo quedan quince mil víctimas de un armamento que marcará la vida de los pueblos de una forma en la que sus impulsores no pudieron imaginar. La nube venenosa de Ypres le dará una nueva forma al rostro humano: la máscara de gas.

Algunos meses después, en septiembre del mismo año, la predicción de Binding se torna real: los ingleses, en la batalla de Loos, realizan su primer ataque químico. Cada potencia beligerante desarrollará nuevas variantes para asfixiar y matar. Sin embargo, y con la frialdad del necesario análisis instrumental, es legítimo afirmar que los gases químicos no fueron un armamento que haya torcido el curso de las batallas y por supuesto tampoco el de la guerra. Fueron los fusiles, los cañones, los tanques y los cuerpos los que decidieron la suerte en la lucha de trincheras.

A pesar del impacto generalizado de los agentes químicos en el campo de batalla, los comandantes, y el Estado Mayor respectivo, tuvieron dificultad para ajustar su pensamiento y la planificación para poder hacer un uso efectivo de estas nuevas armas que eran totalmente diferentes a las de cualquier otro tipo con la que hubiesen sido entrenados. Los comandantes y el Estados Mayor no solo tuvieron dificultades para determinar cómo iban a emplear la nueva arma y aprovechar su ventaja táctica, también tenían que considerar los efectos del gas enemigo en sus propias tropas. Al participar en el conflicto sin la preparación para la guerra química, los comandantes nunca comprendieron plenamente el potencial del gas en el campo de batalla.²⁶

²⁶ Walter S. Zapotoczny, “The Use of Poison Gas in World War I and the Effect on Society” en <<http://www.wzaponline.com/PoisonGas.pdf>> [consultado: 25 de mayo de 2014].

MÁSCARAS



Sin embargo y lejos del análisis numérico sobre las víctimas, incluso bajo el riesgo de una injusta lectura anacrónica, debemos considerar lo que no fue pensado, posiblemente por una fe ciega en la técnica, imaginada como una poderosa fuerza capaz de reducir por sí misma el dolor y las incertidumbres de lo humano que erróneamente se cree solo son los semejantes, no el “enemigo”. Cuando se abrieron las válvulas para liberar el cloro en el frente de batalla, se desplegó una nueva lógica que en poco tiempo mostraría un rostro más temible, aun más aterrador que el expresado en la inhumanidad de las máscaras, o en la asfixia o en la ceguera de las trincheras. El gas utilizado en el frente de batalla se expandió mucho más lejos de lo imaginado impregnando a toda la sociedad, influyendo sobre la forma de ver el mundo:

La experiencia de la guerra condujo a una especie de trauma colectivo de todos los países participantes. El optimismo de la década de 1900 había desaparecido por completo, y los que lucharon en la guerra se convirtieron en lo que se conoció como “la generación perdida”, ya que nunca se recuperaron totalmente de sus experiencias. Para los años siguientes, gran parte de Europa se sumergió en un duelo. Se erigieron monumentos, recordatorios y cementerios en miles de pueblos y ciudades. Los soldados que regresaron a sus hogares después de la I Guerra Mundial fueron testigos de horrores que nunca antes se habían visto en la historia. A pesar de que fue entonces comúnmente llamado neurosis de guerra, ahora se sabe que muchos de los soldados que regresan sufrían trastorno de estrés posttraumático. La experiencia del soldado con el gas contribuyó a sus horrores.

Este trauma social se manifestó de diferentes maneras. Algunas personas se rebelaron contra el nacionalismo y lo que supuestamente había causado y comenzaron a trabajar por una perspectiva de carácter internacionalista, apoyando a organizaciones como la Liga de las Naciones. El pacifismo fue cada vez más popular. Otros tuvieron la reacción opuesta, la sensación de que solo se podía confiar en la fuerza y en el poderío militar como forma de protección en un mundo caótico e inhumano que no

²⁷ Walter S. Zapotoczny, “The Use of Poison Gas in World War I and the Effect on Society” en <<http://www.wzaponline.com/PoisonGas.pdf>> [consultado: 25 de mayo de 2014].

respetaba las nociones hipotéticas de la civilización. Perspectivas “antimodernistas” fueron una reacción en contra de los muchos cambios que habían tenido lugar dentro de la sociedad. El ascenso del nazismo y el fascismo incluyen un renacimiento del espíritu nacionalista en los años anteriores a la II Guerra Mundial y, en principio, un rechazo a muchos de los cambios de la posguerra. Un sentimiento de desilusión y cinismo se cristalizó junto con un nihilismo cada vez más popular. Los horrores del gas venenoso, sin duda, contribuyeron a sostener una desilusión sobre la humanidad.²⁷

T4

El médico observa con la misma atención o indiferencia que otras veces. Lee el expediente y lo marca con una cruz roja para que se incluya al paciente en el tratamiento que está obligado a recibir en alguna de las respectivas clínicas. Stephen Chorover, bajo una forma ficcional, relata uno de aquellos procedimientos terapéuticos:

Imagínese, por ejemplo, que forma usted parte del personal médico de un gran hospital psiquiátrico en las afueras de una ciudad importante. La institución es un destacado centro docente con una larga y honorable tradición médica en el que el adiestramiento clínico impartido a los estudiantes ha sido siempre de gran calidad y donde los pacientes han recibido, por lo general, los mejores tratamientos posibles a manos de expertos en neurología y psiquiatría, humanos y capaces.

Imagínese además que, acompañado por otras personas como usted —clínicos, investigadores, directivos—, un dignatario que visita el centro está cumpliendo la obligada inspección. (...)

La visita oficial de inspección está a punto de finalizar. Todo el grupo, incluidos usted mismo y el visitante distinguido, contempla a través de una ventana como unos veinte pacientes mentales, escoltados por los celadores del hospital, entran en el área de tratamiento, limpia y brillantemente

²⁸ Stephan L. Chorover, *Del Génesis al genocidio*, Buenos Aires, Orbis, Madrid, 1985, pp. 17-18.

iluminada. Los pacientes permanecen tranquilos mientras los celadores abandonan la sala, cerrando las puertas tras ellos. A la señal de uno de sus colegas, un miembro del personal oprime un determinado interruptor. Nada ocurre en los primeros segundos: los pacientes continúan tranquilamente de pie. Entonces, de repente comienzan a dar muestras de agitación, jadean, tosen, gimen, intentan inhalar con desesperación. Uno por uno van desplomándose. El tratamiento ha terminado. La manipulación del entorno ha producido una modificación de la conducta bien definida: los veinte pacientes están muertos.²⁸

Clínicas como Hadamar o Sonnenstein, donde ocurrieron hechos como el que narra Chorover, fueron dos de los más importantes centros de ejecución para la Acción T4. Fueron lugares donde los rostros zoomorfos definidos por las máscaras de gas se trastocaron, contra el sentido que tuvieron en las trincheras, en expresión del humano deseo por la vida, porque a diferencia de lo que ocurriera en la Gran Guerra, ahora no había soldados y para garantizar la muerte tampoco debía haber protección alguna. Las víctimas ni siquiera sabían lo que realmente estaba sucediendo. Esta vez el gas debía expandirse contra la mirada desnuda de personas que habían sido declaradas “sin valor”.

El programa Acción T4, denominado así porque sus oficinas centrales se encontraban en la calle Tiergartenstraße 4, implicó la muerte sistemática de quienes fueron juzgados por el régimen nazi como “vidas indignas de ser vividas” (*Lebensunwerten Leben*). Según sus ejecutores se correspondía con un acto eutanásico porque no solo se beneficiaba a la sociedad en general sino que, además, se realizaba un acto compasivo hacia quien moría en manos del Estado. De hecho, mientras miles de personas eran asesinadas con monóxido de carbono en

²⁹ Citado en: Benno Müller-Hill, *Ciencia mortífera*, Baelona, Labor, 1985, p. 22.

los “sanatorios” por la acción “piadosa” del Estado alemán, en Viena, Konrad Lorenz, médico y biólogo estudioso del comportamiento animal, publicaba el siguiente texto académico:

De la amplia analogía biológica de la relación entre el cuerpo y la úlcera cancerosa por una parte, y un pueblo y sus miembros convertidos en asociales por deficientes, por otra, se deducen grandes paralelismos, salvando las naturales diferencias... Todo intento de reconstrucción de los elementos destruidos en relación con la totalidad es, por lo tanto, desesperado. Por suerte, su extirpación es más fácil para el médico del cuerpo social, y para el organismo supraindividual menos peligrosa, que la operación del cirujano en el cuerpo individual.²⁹

En 1973, Lorenz recibió el premio Nobel por sus descubrimientos concernientes a la organización y la aparición de patrones en el comportamiento individual y social. Aquel mismo año publicó un trabajo cuyos significados más relevantes nos remiten a su escrito de 1940 revelándonos cuan resistentes pueden ser, y cuan fácilmente son aceptados, los juicios estigmatizantes dichos en nombre de la ciencia y bajo la protección de premios y galardones, aunque sus consecuencias sean en extremo severas porque promueven o justifican la exclusión e incluso el exterminio. Nos permitimos discutir la concomitancia entre la ontología existencialista de Martin Heidegger y el nazismo, pero no hacemos lo mismo en relación con los trabajos sobre etología de Konrad Lorenz. Pareciera haber cierta inmunización con respecto a una crítica de las ciencias de la naturaleza y ciertos aspectos trágicos de su historia. En su libro *Los ocho pecados mortales de la humanidad civilizada*, Konrad Lorenz revive aquello que escribiera en 1940, con el agravante de haber sido redactado tras la Shoah y los



experimentos médicos nazis. Es significativa la excusa en las últimas oraciones del apartado que citaremos y que corresponden al capítulo titulado, de forma harto problemática, como “Deterioro genético”:

Sobre todo la criminología sabe demasiado bien cuan pocas son las expectativas de convertir en seres humanos sociables a los llamados débiles mentales. Esto vale tanto para los débiles mentales de nacimiento como para aquellos que han tenido la desgracia de adquirir casi la misma perturbación por falta de educación, especialmente por internación (René Spitz). La falta de contacto social personal con la madre durante la más temprana infancia produce —siempre que no cause cosas aún peores— una incapacidad para establecer relaciones sociales cuya sintomatología es sumamente similar a la de una debilidad mental innata. De manera que de ningún modo todos los defectos innatos son incurables pero, en todo caso, menos aún son curables todos los adquiridos. El antiguo principio médico en cuanto a que “prevenir es mejor que curar” también es de aplicación a las perturbaciones psíquicas. (...)

La actual forma distorsionada de una democracia liberal se encuentra en el extremo máximo de una oscilación. En el extremo opuesto, del cual el péndulo viene desde no hace mucho tiempo, figuran Eichmann y Auschwitz, figuran la eutanasia, el chauvinismo racial y la justicia por linchamiento. Tenemos que tener en claro que hacia ambos lados del punto en el que cual el péndulo se pararía si estuviese en reposo hay valores auténticos: hacia la “izquierda”, el valor del libre desarrollo individual; hacia la “derecha”, el valor de una salud social y cultural. Hacia ambas direcciones son los excesos los que se vuelven inhumanos. La oscilación continúa y ya se divisa en los Estados Unidos el peligro de que, como reacción a la completamente justificada pero sencillamente desmesurada rebelión de la juventud y de los negros, el exceso le ofrezca a los reaccionarios de derecha un bienvenido pretexto para predicar el contragolpe con la misma vieja e incorregible desmesura. Sin embargo, lo peor de todo es que estas oscilaciones ideológicas no solo carecen de contención sino que presentan una peligrosa tendencia a autoalimentarse para convertirse en una catástrofe por falta de regulación. Es misión del científico tratar de hallar la manera de moderar esta oscilación diabólica.

MÁSCARAS

³⁰ Konrad Lorenz (1973), *Los ocho pecados mortales de la humanidad civilizada*, Barcelona. Plaza y Janés, 1985. Pp. 31-32.

Constituye una de las muchas paradojas en las que se ha metido la humanidad que, también en esto, los requerimientos en cuanto al trato humanitario del individuo se encuentren en contradicción con los intereses de la humanidad. La inferioridad del asocial marginal puede estar causada tanto por lesiones irreversibles sufridas en la más tierna infancia (¡internación!) como por carencias hereditarias, pero nuestra compasión con él impide que el no-marginal reciba la protección que necesita. Uno ni siquiera puede utilizar las palabras “anormal” y “normal” en relación con seres humanos sin ser inmediatamente sospechado de estar promoviendo la cámara de gas.³⁰

En enero de 1942 se celebró la conferencia de Wannsee en la cual se definió lo que sería conocido como la “Solución Final”, el exterminio de once millones de judíos europeos. De forma similar al programa T4, y bajo la excusa de la mejora biológica de la humanidad, las personas serían asesinadas por medio del gas. Nuevamente, como posibilidad de lucha y sobrevivencia las máscaras estarán ausentes, frente al Zyklon B solo habrá rostros y cuerpos desnudos.

Fritz Haber

“Yo era más que un gran líder de ejércitos, más que un capitán de industria. Mi obra llevó a la expansión militar e industrial de Alemania. Todas las puertas se abrían ante mí”. Pensamiento agónico de quien pactando con el poder no lamentó, como le ocurriera a Balduino, la pérdida de su reflejo en el espejo. Ahora es expulsado por el poder que le niega valor a su conversión religiosa, a su nacionalismo, a su pragmatismo técnico, regresándolo al recha-

zado judaísmo tiznando su espíritu con el ánimo del desahuciado, de quien pertenece a la nada, sin tiempo ni espacio. Morirá en 1934 fuera de Alemania, en Basilea, cuando, invitado por Chaim Weizmann, se dirigía a trabajar en el Instituto Sieff en territorio del actual Israel que en aquel momento se encontraba bajo mandato británico. Muchos de sus parientes serán asesinados en las cámaras de gas, lugar de muerte que no imaginó ni pensó pero que, de alguna forma, ayudó a crear. Haber fue un prominente teórico de la utilización de sustancias químicas como armamento. A pesar de la muerte y la ceguera, jamás hizo crítica alguna sobre su idea de aprovechar ciertos compuestos desarrollados con fines ajenos a la batalla para transformarlos en artefactos bélicos. Además, una vez finalizada la Primera Guerra Mundial y a pesar de la prohibición que pesaba sobre Alemania, siguió comprometido con la producción de gases letales.

En 1919, lejos del ámbito militar y como parte de su interés por los problemas de la producción agrícola, desarrolló un plaguicida que décadas más tarde sería utilizado en las cámaras de gas de Auschwitz y Majdanek. Aunque su muerte haya ocurrido en los umbrales del poder nazi y varios años antes de que comenzara el genocidio contra la judeidad europea de la que formaba parte, no nos es dable concederle una presunción de inocencia con respecto a la forma de asesinar en la Shoah porque como precursor de la guerra química inspiró el uso de su pesticida, el Zyklon B, como herramienta para el genocidio. Como afirmara el dramaturgo Tony Harrison en la obra *Square rounds*: “nunca vivirá para ver cómo sus paisanos alemanes aprovecharon su forma de matar contra sus paisanos judíos”.

Lo dicho aquí no debe verse como un dictamen condenatorio en busca de alguna for-



MÁSCARAS

ma de imposible justicia histórica, sino como fuente de reflexión sobre el presente que nos toca habitar. Podemos entender con mayor precisión lo que aquí sostenemos si consideramos algunas reflexiones en relación con determinados escritos de Charles Darwin referidos a los yaganes de Tierra del Fuego, a quienes consideraba “la clase más baja de hombres” o a la condición de la mujer sobre la que afirmó: “la diferencia fundamental entre el poderío intelectual de cada sexo se manifiesta en el hecho de que el hombre consigue más eminencia, en cualquier actividad que emprenda, de la que puede alcanzar la mujer”. Stephen Jay Gould se pregunta si debemos etiquetar a Darwin “como racista y sexista impenitente a lo largo de toda su trayectoria, desde las ingenuidades de su juventud hasta las profundas reflexiones de su madurez”. Por supuesto la respuesta que nos ofrece en su escrito “El estado moral de Tahití y de Darwin” es cuestionable en muchos puntos, no podría ser de otra forma sobre tan conflictivo tema, pero es más que interesante y porta el valor de promover la reflexión sobre un problema difícil. Aquí hemos de considerar solo un breve párrafo, el que hace a la cuestión que el autor denomina genérica y que refiere a la imposibilidad de comprender (tal vez pudiera ser aprender de) la historia cuando escalamos un supuesto Olimpo moral para juzgar desde su cima la actitud ética personal de cada uno de los actores del pasado. Ubicarse en las alturas del paisaje ético no es una táctica ingenua, es un acto de carácter intolerante y fundamentalista porque nos excluye de cualquier obligación o consideración para con el otro pensado como un sujeto autónomo. Pero este hecho de carácter autoritario es, la más de las veces, difícil de percibir, en particular cuando ocurre desde el campo de la ciencia donde se lo puede ocultar bajo la máscara de un bello humanismo. Según Gould:

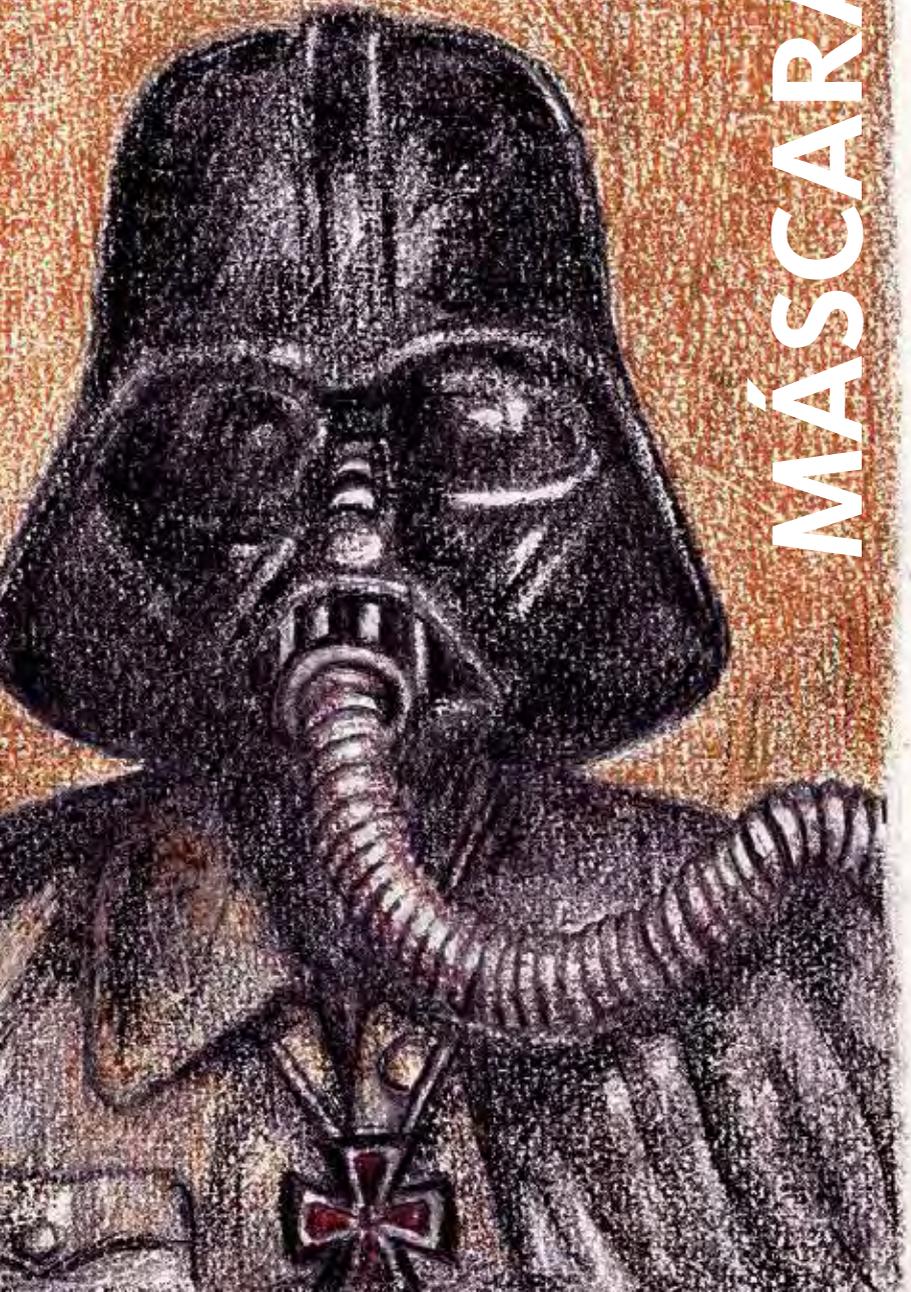
31 Stephen Jay Gould, *Ocho cerditos*, Barcelona, Crítica, 1994, p. 255.

... ¿Cómo podemos censurar a alguien por el hecho de repetir un prejuicio propio de su época, por mucho que deploremos hoy en día tal actitud? La creencia en la desigualdad racial y sexual constituía un credo clásico e incuestionable entre los varones de clase alta de la sociedad victoriana, seguramente tan controvertido como el teorema de Pitágoras. Darwin construyó una lógica distinta para explicar una certidumbre compartida por todos, y sobre ello sí podemos emitir algún juicio. Pero no veo qué objeto pueda tener la crítica virulenta de la aceptación, en gran parte pasiva, de las creencias populares. En lugar de eso, analicemos por qué un desatino tan potente y pernicioso pudo instalarse en las conciencias de entonces como certidumbre indiscutida.

Si decido repartir la culpa de los males sociales del pasado de manera individual, no quedará nadie digno de estima en algunos de los períodos más fascinantes de nuestra historia. Por ejemplo, y hablando a título personal, si tachó de inaceptable a todo antisemita victoriano, el repertorio musical y literario digno de mi aceptación resultaría triste y exiguo. Pese a que no albergó ni sombra de simpatía por los inquisidores activos, no puedo repudiar a todos los individuos que aceptaron de forma pasiva los criterios más arraigados de su sociedad. En lugar de ello, rechacemos estos criterios e intentemos comprender las motivaciones de los hombres de buena voluntad.³¹

Paradoja del escrito de Gould porque la última oración califica al actor de la historia, afirma aquello que se supone no debiera ser dicho. Esto nos lleva nuevamente a la tarde del 22 de abril de 1915 en las cercanías de Ypres. El viento sopla en la dirección esperada. En las trincheras alemanas Fritz Haber comanda la Unidad de desinfección, que es responsable de la supervisión técnica para la colocación y utilización de los cilindros con cloro. Está expectante. Tal vez se piensa como un hombre de buena voluntad.

MÁSCARAS



Renuncia

Tras los ataques con gas, la agonía sellada en los cuerpos golpea la conciencia de los hombres definiendo una desgarradora ambivalencia. Haber es la figura humana que lo encarna: se pudo pensar a sí mismo como benefactor de la humanidad porque su proceso de síntesis del amoníaco permitió aumentar los rindes de la producción agrícola, pero tras la batalla de Ypres fue definido como criminal de guerra. La máscara de gas, forma del rostro humano heredada de la Primera Guerra Mundial, obliga a la reflexión, la que disuelve la ambigüedad porque desintegra al benefactor de la humanidad y deshace cualquier lugar sacro en el que la actividad tecnocientífica podría encontrar refugio. De esta forma nos será posible expandir su comprensión porque habremos de entenderla como un hecho cultural y político. Si tenemos conciencia de este espacio simbólico, puede que seamos capaces de despojarnos de las engañosas promesas de un siglo maravilloso, de la búsqueda de la divinidad en los logros que promete la neurociencia y en el acto biológico que busca la perfección en un cuerpo técnicamente rediseñado. En estos tiempos, en el siglo XXI, no debemos olvidar el pensamiento de Rudolf Hess cuando sostuvo que el Nacionalsocialismo no era otra cosa que biología aplicada. La deriva eugenésica de las ideas darwinianas y las consideraciones de Alfred Russel Wallace sobre la vacunación y el origen de la mente humana nos advierten sobre las dificultades de nuestras decisiones, en particular cuando las defendemos porque las sentimos reflejo de nobles ideales. ¿Podremos renunciar a la idea de salvación tecnocientífica para transformar su desarrollo en una condición que nos provea algo más de justicia, un poco más de gozo, y de ser posible, dolores menos intensos a pesar de los nuevos y difíciles problemas que habremos de enfrentar?



EL
SIGLO
MARAVILLOSO